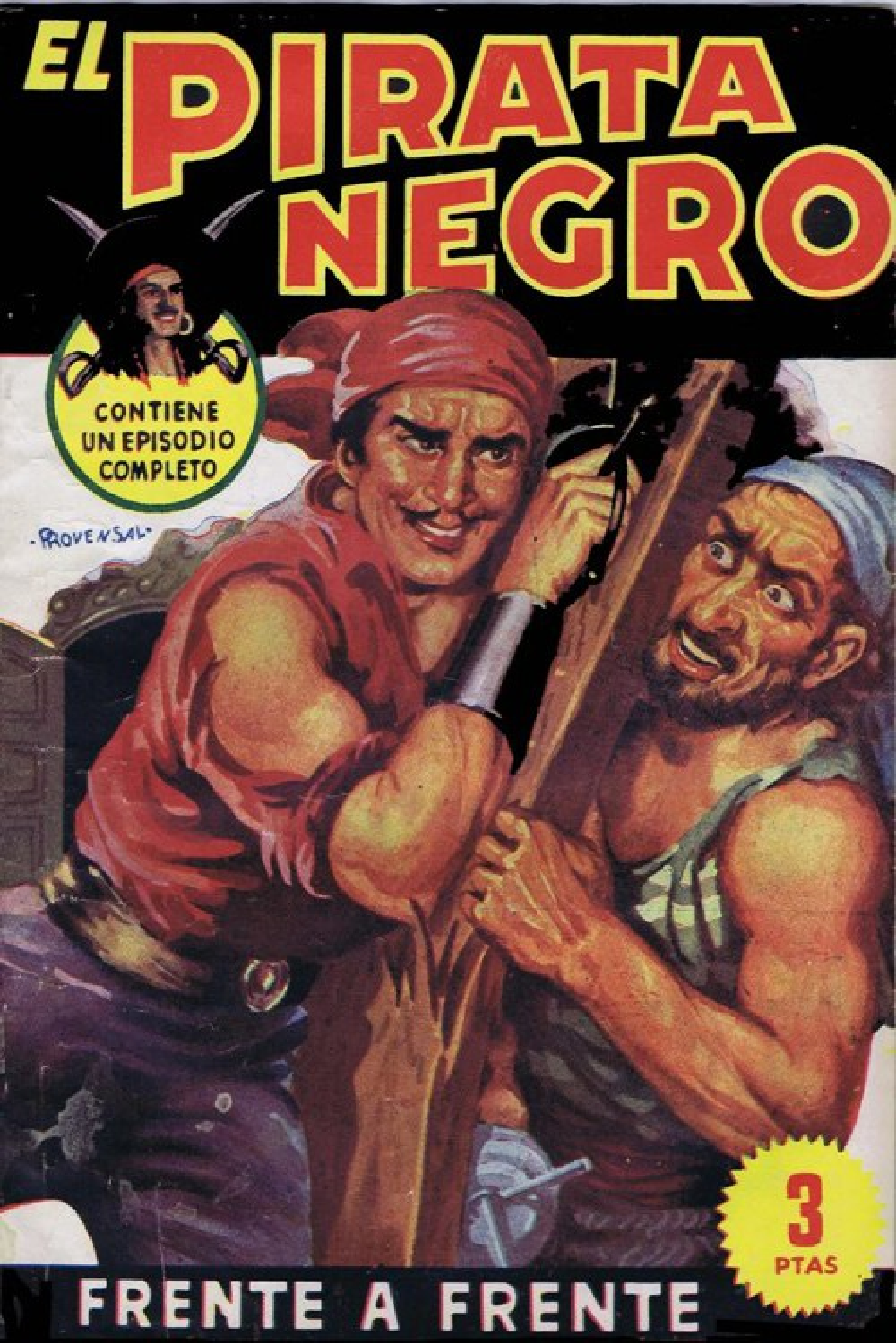
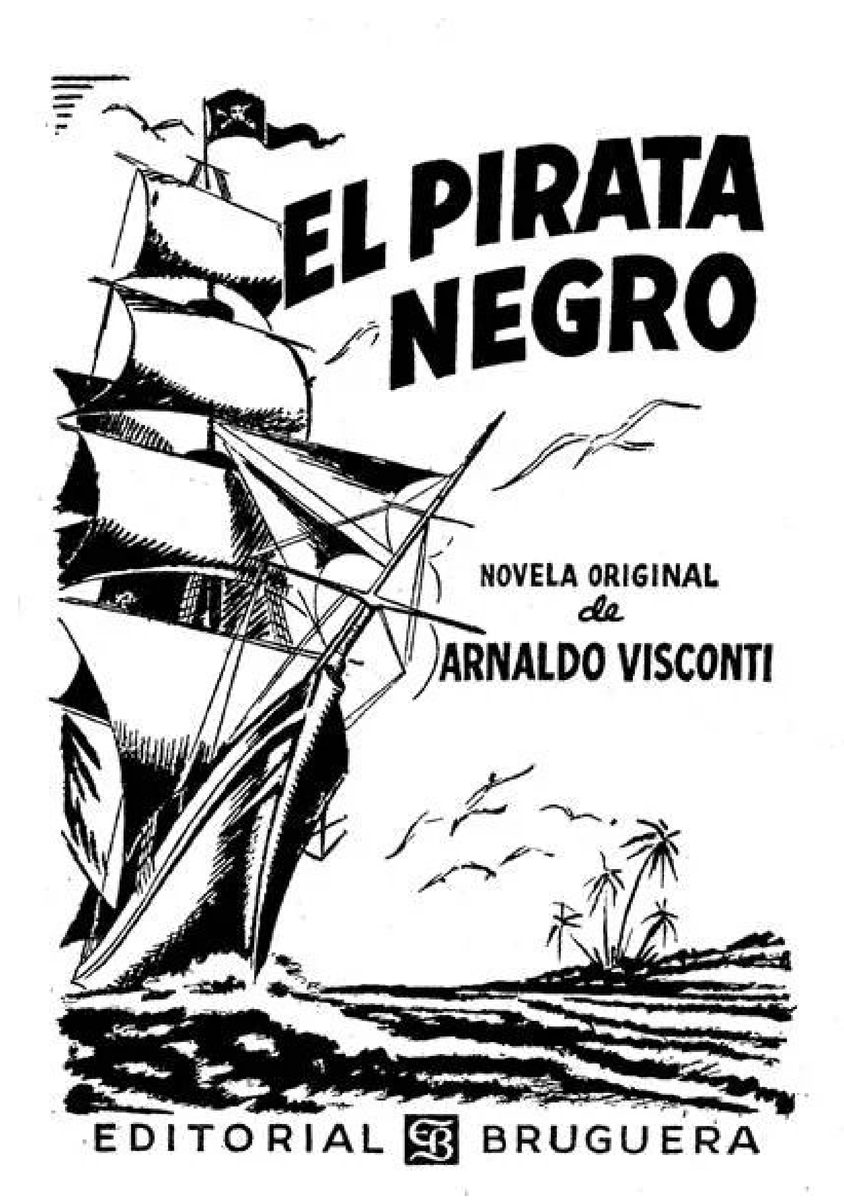

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
PROVENSAL
3 PTAS
FRENTE A FRENTE



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Frente a frente

Colección El Pirata Negro n.° 20

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA


FRENTE
A FRENTE

CAPITULO PRIMERO

El Tercio de los aventureros

A mediados del año de gracia de 1707, y por un riente día del mes de junio, Jean Aumont, el armador más importante de la ciudad y puerto de Burdeos, dirigíase a su hogar, tras haber sostenido una acalorada discusión con los hermanos Drieux.

Más que personal, la discusión entablada entre Jean Aumont, Jerome Drieux y Gastón Drieux, había sido netamente comercial entre dos razones sociales: los astilleros “Aumont” y la “Compañía Exportadora Drieux”.

Si las familias Drieux y Aumont eran de las más conspicuas de Burdeos en el gremio de la adinerada burguesía y mantenían estrecha amistad privada, no por eso Jean Aumont consentía en mezclar lo que al negocio pertenecía con las consideraciones de índole particular.

Y fué por eso por lo que tras su agitada entrevista con los hermanos Drieux no acogió con agrado a su llegada al hogar, la noticia de que en el salón un caballero desconocido deseaba ser recibido por el señor armador.

—¿Su nombre?—inquirió secamente Aumont, mientras entregaba su bastón y su sombrero al mayordomo.

—Dijo que como el señor no le conocía se presentaría él mismo. Habla un francés correcto, pero con desinencias extranjeras, meridionales, señor. Viste como un caballero. Debe ser marino, porque su tez es bronceada y sufre la amputación del brazo izquierdo por el codo.

Jean Aumont entró en el salón, y a su llegada, un individuo alto y de anchas espaldas púsose en pie. El armador saludó con leve inclinación de cabeza, examinando con rápido escrutinio la

apariencia y el atuendo del desconocido.

Vió un rostro de simpática expresión truhanesca, aumentada no sólo por el brillo burlón de los negros ojos, sino por la amplitud de la boca sonriente.

Vestía el desconocido una elegante casaca, de la que desbordaba el coleto de encajes, y su pantalón de paño azul hundíase en altas botas mosqueteras de media vuelta, a la altura del muslo. En la mano válida mantenía un tricornio azul...

Otras dos características llamaban inmediatamente la atención: el intenso color rojo de sus cabellos y su brazo izquierdo manco por el codo.

De una vaina recamada en piedras preciosas colgaba larga espada duelista, y en el cinto, bajo la casaca, aparecía la culata de una pistola de doble cebo.

—Permitid que me presente, señor Aumont. Soy Diego Lucientes, capitán sin barco, hombre de mar, natural de Avapiés, barrio de la capital de las Españas. Vuestro humilde servidor.

—Dignaos tomar asiento—y dando el ejemplo, el armador se sentó frente a su visitante—. Tened la bondad de exponerme en qué puedo serviros.

—Os pondré primero en antecedentes de mi presencia en Francia y más particularmente en Burdeos. Hace años contraje matrimonio con Gabrielle de Civry...

—Noble dama a la que tuve el honor de ser presentado. Era gran amiga de la condesa de Kerdal, cuyo esposo se dignaba alojarse en mi casa en sus visitas a Burdeos.

—Jarnac de Lesperruy fué íntimo amigo mío, y puedo decir que a él le debí el conocer a la que había de ser mi esposa. Enviudé y partí a las Américas. Sucedieron allí cosas que me instruyeron e hicieron nacer en mí el deseo de mercar algún barco con el que regresar a las Américas y dedicarme a la navegación mercante. Vine a Kerdal para entrar en posesión de los bienes de mi difunta esposa. Y al llegar a Burdeos, recorrí sus diques y varaderos. Me he enamorado del bergantín de tres palos que, recién acabado, aguarda hacerse a la mar en el dique seco de vuestro astillero. Este es el motivo de mi visita.

Jean Aumont fingió meditar. Íntimamente sentía un gran regocijo: aquel español, heredero de la fortuna de la casa Civry,

estaría en condiciones de pagar el exorbitante precio del bergantín,

Pero, sobre todo, aquel español parecía un ser providencial, ya que con su llana explicación, sin ambages ni flanqueos comerciales, declarando su “enamoramiento” por el bergantín..., pagaría lo que los hermanos Drieux no podían pagar.

El bergantín había sido construido por encargo de la “Compañía Exportadora Drieux”, y Jean Aumont, si se había acalorado en el curso de su entrevista con los hermanos Drieux, fué porque razonablemente les expuso que él era un armador con un buque terminado y que no podía admitir una negativa de adquisición, ya que estaba perfectamente construido el bergantín encargado.

Los hermanos Drieux habían invocado los recientes desastres que les impedían no sólo hacer honor a su palabra, sino adquirir tan siquiera una de las lanchas del bergantín, ya que uno de sus barcos, con todo el cargamento, había sido saqueado y hundido por barcos piratas, y el principal almacén que en costas de la Guadalupe poseían, había sido pasto de las llamas.

Y Jean Aumont, al salir de la entrevista, tenía la convicción acendrada de que así como los Drieux estaban arruinados, también él veíase en mala postura económica, ya que iba a serle muy difícil colocar el bergantín recién construido.

Por eso fué por lo que tendió a su visitante una copa de su mejor vino de cosecha propia, sonriéndole con gran aprecio repentino. ¿Un hombre de mar? Poco duchos en cosas comerciales... El madrileño no se hizo rogar para repetir el paladeo del vinillo bordelés, rancio y de suave traición aterciopelada.

—¿Os place ese mosto, capitán Lucientes? Es cosecha del 67.

—Me deleita, señor Aumont. Después del mar, el vino es el líquido en que más a gusto navego. Y después de Eva, la línea cuyas estructuras mejor me complace es la de un buen barco como el que motiva mi visita.

—Hay un gran inconveniente, capitán Lucientes. Intentaré pensar cómo podríamos arreglarlo, pero el caso es que el bergantín está apalabrado por los señores Drieux. Es decir, no está a la venta.

Diego Lucientes depositó su copa y se levantó.

—En este caso, señor Aumont, he tenido un gran honor en conoceros y...

—No..., no os marchéis, capitán Lucientes—y aunque

íntimamente asustado, el armador sonrió con benevolencia—: ¡Estos marinos siempre tan impulsivos! Ved que os dije que estudiaría una fórmula de arreglo. Los hermanos Drieux me pagarán mañana, por la mañana, doscientos mil luises de oro, que es el primer plazo de entrega. Y los restantes doscientos mil luises, me serían pagados tres meses después de la fecha de mañana. Si vos pudierais mejorar la oferta, quizás... Sentaos, hacedme la merced. Permitid que os escancie un poco más de ese mosto aterciopelado.

Diego Lucientes, el hombre que profesaba el lema: "Diez copas para abrir boca; otras diez, para entonar, y nueve más, para alegrar..., sin nunca a la número treinta llegar, porque te puede apuntillar"..., sonrió picarescamente al apurar por dos veces el líquido dorado que el armador generosamente le servía, para "facilitar" la negociación.

—Cuatrocientos mil luises de oro es mucho oro, señor Aumont.

—Ved que es el mejor bergantín que habrá surcado el mar.

—Cierto que tiene bella estampa y está sabiamente artillado. Pero es también muy cierto que nací hace treinta años en una ciudad, donde el más tonto de los tontos sabe música y latín.

—No os comprendo—dijo algo perplejo el armador.

—Vais a comprenderme, señor Aumont. A veces me enamoro de una jaca o de una espada. Si quiero adquirirlas, no voy directo a su poseedor sin antes enterarme de ciertas peculiaridades que pueden encarecer o abaratar la jaca o la espada. Hablé con varios antiguos marinos, de esos que ya no pueden navegar, pero desentumecen sus ateridos y reumáticos huesos tomando el sol por los muelles. Para oírles hablar de lo que uno desea, debe primero escucharse la relación de sus hazañas..., pero después os informan abundantemente.

Jean Aumont empezó a lamentar su excesiva generosidad en el derroche del vino "cosecha del 67". No había obscurecido el raciocinio del español, que con su sonrisa truhanesca seguía explicándose:

—Vuestro bergantín, es exacto que fué construido para los señores Drieux. También es exacto que estos caballeros hállanse al borde de la ruina. Y es desgraciadamente aún más exacto que vuestro bergantín corre el riesgo de pudrir su carena en el dique, porque ni el Rey, que tiene sus astilleros, ni corsario alguno podrá

adquirir barco de tal precio. La cantidad en que fijasteis su precio con los señores Drieux, fué la de trescientos mil luises de oro. Por español no soy cicatero ni suelo aprovecharme de las rachas adversas. No os pagaría en dos plazos, sino que contantes y sonantes amontonaría en vuestra mesa doscientos cincuenta mil luises de puro oro.

Quien había bebido las cinco copas era Diego Lucientes y, sin embargo, semejó que las había ingerido el armador, cuya tez adquirió un tinte rubicundo cercano a la apoplejía.

—¡Estáis bromeando, señor! ¡Nunca cederé mi bergantín a tal precio!

—Con vuestro permiso me sirvo una copa más. Yo no sé regatear ni emplear legales artimañas, señor Aumont. En cambio, aprendí en una escuela ruda si queréis, pero que a mí me place, donde hablando claro la gente se entiende. He ofrecido doscientos cincuenta mil luises con la plena convicción de que dentro de un mes vos saltaríais al cuello de quien os ofreciera cien mil luises por vuestro bergantín, y le llenaríais la cala con vuestros toneles. Pero me urge hacerme a la mar, y si no puedo en el bergantín abandonar Burdeos, lo haré en otro velero. Me hospedo en la “Posada del Mirlo Blanco”. Allí esperaré hasta mañana por la noche, vuestra decisión.

—¡No contéis con mi claudicación!

—¿Quién habla de claudicar? Lo que sí os advierto es que no daré ni un ochavo más allá de los justos y benignos doscientos cincuenta mil luises ofrecidos.

Eran las siete y media de la tarde del día siguiente, cuando Jean Aumont visitó a Diego Lucientes. El manco pelirrojo mostró al armador la mesa que a sus espaldas aparecía cubierta por sacos ventrudos...

—Ahí tenéis lo estipulado, a cambio de ese papel que supongo será vuestra escritura de venta.

—He decidido aceptar vuestra oferta, capitán Lucientes. Pero permitidme deciros que pecáis de imprudente. Tanto dinero en una posada de puerto, y sin escolta... y

—Escoltar significa que hay algo que se desea guardar, y eso enciende ávidas cupideces. Yo no tiento a nadie.

—Cada uno tiene su filosofía, capitán. Fuera me aguarda la carroza y los seis espadachines que transportaran escoltado ese oro.

Os lleváis mi mejor barco.

—Y vos mi mejor oro. Con una diferencia: vos seguiréis construyendo barcos, y yo no puedo fabricar más oro.

Al amanecer siguiente, en todas las tabernas del puerto aparecía un cartel que merecía la intensa atención de los grupos que a su lectura se apiñaban.

“La ruta de las América está poblada de peligros. También vencerlos supone riquezas. Yo, Diego Lucientes, capitán del bergantín “Madriles”, anclado frente a la playa du Brigand Mort, enrolo una tripulación de doscientos aventureros que sepan vencer el miedo y sepan ganarse el sustento y una buena paga de embarque.”

En la playa du Brigand Mort se aglomeraron varios centenares de individuos de todo pelaje y atuendo, mezcla heterogénea y confusa de perdularios, soñadores, asesinos, espadachines y marineros sin barco.

Del bergantín se destacó una lancha, remada por ocho robustos bretones, con toda la traza de marineros pescadores, sin otro pasado que las recias huellas de un trabajo penoso y constante.

Pisó tierra un atildado pelirrojo, de ropas vistosas mosqueteras, cuyo tricornio azul hacía destacar aún más el rojizo reflejo de sus cabellos.

Diego Lucientes había aprendido la ciencia del “enrol” en la escuela de Carlos Lezama, el Pirata Negro.

Tocó levemente en el hombro de uno de los bretones, el cual, llevándose a los labios un silbato, sopló estridentemente con especiales modulaciones cortas, alternándose con varias prolongadas.

De la masa humana, sin orden ni concierto, los que eran avezados marineros, fueron alineándose en filas. Imitáronles los demás, y pronto, en la playa, cinco hileras de hombres mantuviéronse a la expectativa.

—Yo, Diego Lucientes, por mi real gana, os voy a dirigir la palabra, y cuanto diga no lo repetiré—dijo el madrileño con voz zumbona, acariciándose lentamente el rasurado mentón. —Necesito doscientos hombres. Los seleccionaré por músculos y por la expresión de sus ojos. Vuestros pasados no existen. Se me da una higa de quién habéis podido ser hasta ayer noche. Y también sé que tendréis el buen gusto de que os importe un rábano quién haya yo

podido ser hasta ayer noche. Antes, cuando los Tercios españoles pedían bravos, se alistaban los desesperados por penas de amor, y los valientes ansiosos de pelea y aventura. Hoy, en mi Tercio de Aventureros, alistaré a hombres que no tienen un ochavo, que no saben dónde caerse muertos y que tienen hambre. A bordo del "Madriles" comerán y beberán como burgueses, y por cada quince días de navegación o de permanencia a mis órdenes, percibirán cinco libras esterlinas, la moneda de cambio en todas las comarcas y tabernas del globo. Mi segundo es ese robusto cuarentón que me da sombra a mi izquierda; se llama Ankou Kerbrat, y es un excelente contramaestre, porque sabe manejar con justicia y vigor el látigo de siete colas.

La mayoría escuchaban atenta y respetuosamente a quien les estaba ofreciendo la hospitalidad de comer y beber a diario, teniendo un sitio blando donde dormir y un techo con que cubrirse.

Pero uno de los oyentes llevaba en la sangre un sempiterno deseo de camorra. Destacóse de la formación, y con andares pausados de hombre robusto y portador de larga espada duelista, vino a detenerse ante Diego Lucientes. 1

—Yo no soy un afamado lacayo ni pienso ser tu esclavo de galera, español. ¿Quedas enterado?

—No te llamé, buen mozo. Viniste voluntariamente.

—Para enrolarme a las órdenes de un lobo de mar, no a las de un lechuguino manco.

Diego Lucientes sonrió, pero en su boca había una cierta crispación.

—No soy un prodigio de listeza, pero supongo que el lechuguino manco seré yo. ¿Quieres hacerme el gran favor de desenvainar?

—¿Te sientes fuerte porque te rodean Kerbrat y sus siete perros?

—No somos más que tú, con tu pincho, y yo con mi espada. Los demás serán testigos de que a mí me molesta tu jaquetona imbecilidad y que sólo yo seré quien te la haga pagar.

El espadachín desenvainó con cierta conmiseración. Trabó contacto contra el acero del manco y, tras varios tajos y mandobles, tendióse a fondo... para saltar apresuradamente hacia atrás.

Sintió en su frente cierto sudor frío. Había enviado a la muerte a muchos espadachines famosos... y se hallaba ante una espada de temple excepcional.

Diego Lucientes era también discípulo del Pirata Negro en el arte de la esgrima…

—¡Para en tercia, bellacón!—fue avisando—. ¡Traba en cuarta! ¡Sesga, zopenco! ¡Levanta o te pincho! ¡Baja la guardia o te corto!… Me das pena, bravucón. He visto mozas de hostería que sostenían mejor que tú sus brochas…—y de pronto, el madrileño dobló la rodilla lanzándose a fondo.

El espadachín dejó caer su espada, gimiendo de dolor. La estocada no sólo había atravesado su brazo derecho por el bíceps, sino que su adversario, con sañuda frialdad, había comunicado al aceró un movimiento de vaivén…

El hueso quedaba al descubierto, y el herido cayó de rodillas, próximo a desvanecerse. Diego Lucientes se acercó a él…

—¡Piedad! ¡No me remates!—suplicó angustiado el herido.

—¡Repámpanos! ¿Dónde se fueron tus humos retadores, valentón? Tendrán que cortarte el brazo… Sí, tendrán que cortártelo. Y cuando te llamen "manco", verás que no produce satisfacción. Pero si quieres, puedes seguir aspirando a una plaza a mí bordo. Por manco puedo enrolar a mancos.

Y Diego Lucientes, volviéndole la espalda al herido, regresó junto a Ankou Kerbrat y los siete bretones

Encaróse con las hileras de inmóviles desechos humanos del puerto de Burdeos.

—Zarparemos al atardecer, rumbo al mar Caribe. A bordo habrá la disciplina habitual en todo buque. Por el instante, sólo tengo una meta: Dar alcance a un velero pirata, cuyo pabellón es un aguilucho. Lo manda un caballero español: Carlos Lezama, por nombre; Pirata Negro, por apodo. Tengo que enfrentarme yo solo con él, espada en mano, porque uno de los dos sobra en el mar y en la tierra. Donde lo halle, tengo que matarlo. Pero…, atención a mi aviso: Aquel de vosotros que, creyendo ganarse mis simpatías, vierta calumnias o hable mal del Pirata Negro, bailará el último rigodón colgado del palo mayor de mi bergantín.

Sonrió Diego Lucientes, entreabriendo su casaca y apartando los encajes de su almidonada camisa blanca. Entre el rojizo vello del pecho, apareció un surco cicatrizado, ancho…, la huella de un latigazo.

—Tengo que borrar esa humillante marca, y sólo puede borrarse

con la sangre que el hidalgo español Carlos Lezama derrame generosamente allá donde le encuentre… o con mi sangre. Otra advertencia: si en algún puerto obtenéis informes de mi enemigo, al referiros a él emplearéis las palabras: "El caballero Lezama"… ¿Me creéis loco? Si lo estoy, lo disimulo muy bien. Pero lo cierto es que no me podríais comprender. Porque el hombre al que quiero matar, fue el mejor de mis amigos…, y es aún el hombre al cual respeto y admiro. ¡Ankou Kerbrat! Vete, separando a los más robustos y selecciona cincuenta artilleros o que entiendan del manejo de las piezas.

Al atardecer, el vigía apostado en lo alto de la torreta de cofa, repetíase mentalmente su consigna, mientras oteaba el mar y el bergantín cortaba majestuosamente las olas, lejos ya la silueta de Burdeos:

"—¡Zafarrancho de combate cuando divise el pabellón del aguilucho…, en un velero de ágil estructura y espolón de abordaje!…"

CAPITULO II

Los padrinos celosos

Un velero de ágil estructura maniobrera abría penachos de espuma con su afilada proa, donde destacábase el espolón de aguda raigambre, construido para impetuosos abordajes...

En el agitado mar Caribe, iba el velero en busca de una cala protectora. En lo alto del mástil ondeaba un pabellón, y el aguilucho, que grabado en él parecía cernerse sobre invisibles presas, semejaba aletear a impulsos del viento...

Corría el mes de marzo del año de gracia de 1708, y a la época de las calmas chichas habían sucedido, en la zona antillana, los días ventosos, que repentinamente convertían el fresco viento en ráfagas de huracanada intensidad.

En el castillete de proa del velero, un hombre, con los brazos cruzados, miraba a lo lejos, con espíritu ausente en pensamientos ajenos a la rutina maniobrera, aunque, de vez en cuando, su estentórea voz, dominando el silbido del viento, daba alguna orden que inmediatamente traducíase en el desplegar de una vela o el arriar de otra...

Alto y de varonil belleza, Carlos Lezama, el Pirata Negro, ostentaba en su semblante de corva nariz aquilina todas las características de un temperamento violento. Los músculos, ejercitados en continuos combates, distendían la negra seda de su camisa; los aretes de oro colgando de sus lóbulos, destellaban con áureos fulgores, que contrastaban con la cobriza tez; sus nervudos antebrazos, con muñequeras de cuero salpicadas de erizadas pirámides diminutas de hierro, aparecían cortados por alguna que otra cicatriz, huellas de su existencia transcurrida en permanente lucha; en los negros cabellos, blanqueaban estrías canosas, pero el

semblante era juvenil y el brillo de los ojos denotaba en su intensa negrura una vitalidad exuberante…

Silbó por tres veces, con estridente agudez. Un pirata de rostro horrendo, carátula de cicatrices mal cosidas, fué corriendo a colocar su corpulenta humanidad vigorosa al pie del castillete.

—¡A la sala capitana, "Cien Chirlos"! — ordenó el Pirata Negro —. Atiende al caballerete.

El lugarteniente fuése a largas zancadas hacia la sala capitana. Por el camino torció el gesto. ¡Ya estaba el andaluz dándole otra vez a la guitarra!

El vasto espacio ocupado por el salón-comedor de la camareta capitana del velero pirata, ofrecía un espectáculo curioso.

Una niña de cinco años, rubio-rojiza, de ojos azules y boca grande, escuchaba embelesada el rasgueo de la guitarra que tañía con arte un pirata de largas piernas esqueléticas y tórax atlético.

La niña apoyaba sus dos codos en un muslo del andaluz tocador, y en pie frente a él, canturreaba en voz baja, procurando acompasar sus improvisaciones al ritmo de las cuerdas.

En un rincón apartado, tendido en el suelo, un niño de unos cuatro años se desentendía por completo de la música, atento solamente a imprimir vaivenes a un barquichuelo tallado toscamente en un trozo de madera de cedro, y cuyas velas estaban deshilachadas.

El muchacho, con voz sonora para su edad, vociferó de pronto:

—¡Galerna a estribor! ¡Tened los foques!

La niña, arrebatada a su abstracción musical, dióse vuelta para mirar con enojo al que acababa de gritar.

—Tienes poca voz y muy desagradable, Carlos—comentó seriamente.

El llamado Carlos simuló un mar proceloso, levantando y descendiendo en el aire el barquichuelo. Ella insistió:

—Te he dicho que tu voz es muy desagradable, Carlos.

El muchacho se puso en pie reposadamente, empuñando el barquichuelo por el centro. Era un vigoroso ejemplar de ceñudo y salvaje varón el que avanzó amenazador hacia la chiquilla, agitando en el aire su juguete.

—¡Señor Carlos! — exclamó "Cien Chirlos" interviniendo y entrando precipitadamente, para colocarse entre Gaby Lucientes de

Civry y Carlos de Ferblanc y Heredia—. ¿Qué vas a hacer?

—Aparta, padrino—replicó convencido el muchacho—. Esta boba me ha dicho que mi voz es desagradable, y le voy a romper mi velero en la cresta.

—No lo harás, señor—sonrió “Piernas Largas” rasgueando en sordina su guitarra.

—¿Me lo vas a impedir tú?—se engalló el muchacho.

—Yo, no, señor. Te lo impedirá tu galantería, porque tu padre nunca pegó a una mujer.

Carlos de Ferblanc pareció meditar aquel contratiempo. Arrojó al suelo con violencia su juguete. Gaby Lucientes rió suavemente.

—¡Qué bruto es ese niño!—murmuró agresiva—. No piensa más que en comer, jugar y gritar.

“Piernas Largas” conocía el arte de aplacar el quisquilloso temperamento del hijo del Pirata Negro. Pero también, como padrino que era de la hija de Diego Lucientes, tenía qué coordinar las dos voluntades infantiles.

Cogió a la niña, sentándola en una de sus piernas. “Cien Chirlos” sentóse en otro escabel, manteniendo entre sus piernas al muchacho.

—En este velero, señor, sólo manda “él”: tu padre. Y sabes que prohíbe las peleas. Quien riña a bordo, recibirá veinte latigazos. Y tú eres ya todo un hombre con buenas espaldas para recibir azotes.

—Si se los dan a ella, yo... quiero los veinte latigazos. ¡Nunca he visto a una mujer tan odiosa!—vociferó Carlos de Ferblanc—. ¿Y tú, padrino, no estás de acuerdo conmigo?

“Cien Chirlos” rascóse la pelambrera confuso. Su cerebro no se distinguía por su agilidad, y si combatiendo era fértil en artimañas de todas clases, en el terreno dialéctico no brillaba por su elocuencia.

—La señorita Gaby no es mala, señor. Pero, verás: yo creo que a las mujeres hay que dejarlas hablar, ¿sabes?, porque..., porque no saben nunca lo que se pescan.

Carlos rió satisfechísimo, pero Gaby asestó al corcusido pirata lugarteniente, un relámpago azul.

—¡Tú eres un asno!—comentó desdeñosa.

—Sí que es verdad—admitió convencido “Cien Chirlos”—. “Él” me lo dice con frecuencia..., pero me tiene aprecio. Y ahora, a ti te

hablo, andaluz. ¿Por qué rayos tocabas la guitarra?

—Porque mi “tocanta” no te tiene que pedir permiso para cantar como los propios ángeles. Y le gusta a la señorita.

—“Él” ha dicho que a esta hora los dos deben dormir la siesta. Conque a cumplir. Señor Carlos: tú vas a dar ejemplo de disciplina. Dame la mano

El hijo del Pirata Negro permitió obediente que su mano desapareciera sepultada en la zarpa velluda del lugarteniente, y con él se dirigió hacia su camarote, no sin antes lanzar una mirada poco amena a la niña, que sonriente asomó por entre los labios un extremo de lengua sonrosada y burlona.

—¡Maldita sea!—vociferó el muchacho—. ¡Me ha sacado la lengua, "Cien Chirlos”!

—No tienes que darle importancia a eso, señor—aconsejó el pirata arrastrando al perneante mozo—. Los hombre no... no hacemos caso de ellas.

Gaby Lucientes, al desaparecer los dos, asió del cuello al andaluz, obligándole a inclinar la cabeza y le susurró al oído:

—¿¡Sigues dándole a la “tocanta”, padrino? Que diga “Cien Chirlos lo que quiera, que él no es padrino mío.

—"Cien Chirlos” es el que manda, después del jefe, señorita. Y aunque es brutísimo, te quiere:

—Pero siempre defiende al niño.

—Porque es su padrino. Ande, señorita, sea usía buenita, y deje que la lleve a la camita.

Coincidieron en la sala los dos piratas, ya sin sus apadrinados. “Cien Chirlos” soltó una letanía de tacos poco compatibles con su anterior denuncia de léxico.

—¡¡.......!!—y ya desfogado, habló roncamente: —Procura educar mejor a tu señorita, porque se está siempre metiendo con el chaval, y un día cojo yo a él y te lo estrello contra la |jeta de la señorita. Y asunto arreglado.

—Yo quisiera, carota fea, que se te pegase algo de mi natural inteligencia. Eres un cacho de alcornoque, pero procura aprender de “mi menda golosa”. ¿No ves cómo arreglo yo siempre las cosas? Con suavidad, con tacto... que “pa” bruto no hay quien me gane contra tipejos, pero con las criaturas hay que tener salero. El señor Carlos es irascible.

—“¿Iras”... qué?—preguntó “Cien Chirlos” receloso y crispando los puños.

—Lo dijo “él” el día en que nos habló de los caracteres de las criaturas. Irascible quiere significar que es como los barriles de pólvora con mecha encendida. Siempre tiene la mecha encendida el señor Carlos.

—Para eso soy su padrino—aseguró “Cien Chirlos” arrobado.

—Pero recuerda que “él” nos dijo que debíamos procurar que ambas criaturas se quisieran entre sí como hermanos de buena ley. ¡También fué mala suerte, "home”!—estalló el chiclanero.

“Cien Chirlos” consideraba que su gran diversión era pelearse sañudamente una vez cada semana con el andaluz, su único amigo. Pero hacía escasamente cuatro días, que de noche, y tras un escotillón, habíanse administrado un vapuleo generoso... Prefería pues ahora escuchar los razonamientos del andaluz, en quien reconocía una inteligencia que él no poseía.

—¿Mala suerte de qué y de quién?

—Me refiero al señor Lucientes. ¡Irse a enamorar de una pelandusca!

—¡Bien que la colgué hasta que sacó toda la lengua! — rebatió “Cien Chirlos” como argumento definitivo.

—Eso estuvo pero que muy requetebién—aprobó el chiclanero —. Pero no se arregló la cosa. Y a veces me apena pensar en ello. ¡Tan bien que se llevaban los dos señores! Y va el señor Lucientes y se pone a balar como un carnero degollado entre las faldas de la inglesa. No te lo conté, carota fea, pero tú sabes que yo le llevé al galeón para atizarle veinte latigazos por orden de “él”, ¿no?

—Y que se los diste, porque “él” te lo mandó.

—Se los di y fuertes, sin trampa, aunque le apreciaba. Pero lo gracioso es que va el señor Lucientes y me pide que le plante otro en el pecho. ¡Digo! ¡Ni ná, ni ná, ni ná! Insistió y tuve que pegárselo.

—Te excediste en tus atribuciones— dijo el Pirata Negro, entrando en la sala.

Ambos piratas pusiéronse en pie, apresuradamente. El chiclanero, de rostro caballuno y dientes renegridos, intentó una sonrisa humorística.

—El señor Lucientes había sido mi jefe, señor. Y cumplida tu

orden, cumplí la suya.

El Pirata Negro fué a sentarse tras la mesa. Se sirvió vino y tendió el jarro a “Cien Chirlos”, que, tras servirse, lo depositó en la mesa.

—Dale también al chiclanero. Así nos explicará la razón por la que, habiéndole yo ordenado veinte latigazos, dió veintiuno.

Curro Montoya apuró con lentitud su vaso, pensando en lo que iba a decir.

—El caso es, señor, que me dió pena del señor Lucientes. Perdóname, si te digo que yo no quiero con ello significar que tu orden fuera injusta, ya que nunca das tú...

—¡Menos jabón y al grano, charlatán!

—El señor Lucientes resistió como un bravo la latigada, y luego me pidió un zurriagazo en el pecho. Yo no quería... pero ¡me lo pidió por su hija! Y yo... pues le he cogido ley a la mocita. Yo le di los chupetes y ordeñé la cabra que ese bruto pilló en la isla y...

—No le estoy preguntando a la nodriza. Te estoy preguntando a ti, Curro Montoya. Dime la razón por la que quiso el señor Lucientes más castigo.

—Dijo, más o menos, que los latigazos en las espaldas, al no vérselos, le harían quizás olvidar. Y por eso, con una brecha en el pecho, recordaría siempre.

—Muy suyo—dijo el Pirata Negro sonriendo complacido—. ¿Y qué más dijo?

—Nada más, señor—replicó el andaluz prontamente.

El Pirata Negro se levantó calmosamente. Su diestra se alargó por encima de la mesa y asió del coleto a “Piernas Largas”, al cual zarandeó levemente.

—Vacía el saco de mentiras, Curro Montoya. Cuando me ocultas algo, los legañosos ojos que tienes bizquean un poco. Son muchos los años que navegamos juntos, fulero. Vomita lo que sepas, que no quiero mentiras. No olvides que “entre calé y calé”... y si en Chiclana naciste, de Sevilla soy por madre — y con brusco empujón afectuoso, el Pirata Negro lanzó hacia atrás al chiclanero.

—Es que, señor, debes perdonarle, porque dijo cosas de las que estará arrepentido ya. Las dijo bajo el reciente escozor de la correa.

—¡Habla ya, mentecato!

—Pues dijo, más o menos, que de vosotros dos, sobraba uno, y

que un día te lo diría frente a frente.

—Tiene razón — aprobó el Pirata Negro—. De los dos, uno sobraba, porque tiene demasiado parecido conmigo. Pero es todo un hombre y ha sido mi único amigo. ¿Cómo tomó la noticia de que yo me llevaba a su hija?

—Se lo conté tal como me lo ordenaste. “Mira, señor Lucientes, “él” ha dicho que para evitar que un día puedas darle a la señorita una madre como la pirata Ana Honey, “él” educará a tu hija junto con su retoño”... y apenas se lo dije, tuve pena, señor. Me fui porque en sus ojos vi humedad de llanto y...

—¡Cierra la boca! Muy sensiblero te volviste desde que te convertiste en nodrizón de la hija de Diego Lucientes. Y quiero haceros una advertencia a los dos. Os comportáis como dos asnos celosos, y os he oído discutir que si ella es más bonita, y que si él es brutísimo. En tus labios, el mejor elogio es llamarle “brutísimo” a mi hijo, guapetón’ — y el Pirata Negro sonrió a Cien Chirlos—. Y en ti, es estúpido hablar de bellezas, comparando un hombre y una mujer. Porque seáis padrinos de los dos mozos, no debéis consentirlos. Quiero que ambos se tengan afecto de hermanos y no peleen entre sí.

—Yo no soy “chivato”, señor—intervino “Cien Chirlos”, algo molesto. —Pero la señorita le anda sacando la lengua al chaval... al señor Carlos, y le dice que tiene una voz desagradable...

—...y el señor Carlos le quería romper el barco en la cresta a la señorita—atajó el andaluz—. Así dijo: “en la cresta”.

“Cien Chirlos” miró torvamente al padrino de Gaby Lucientes.

—Si dijo “en la cresta” fué porque a ti lo oiría, que bien me cuido yo de que delante de él no se me escapo taco ninguno. Y también dijo: “¡Maldita sea!”.

—Eso me lo oiría a mí—rebatió el Pirata Negro, sonriente—. No es exclamación fea para un hombre de mar. Idos los dos al puente. Sigue soplando el vendaval, y hemos de buscar cala segura mientras amaine.

Los dos piratas salieron de la sala capitana. Ya en el entrepuente, “Cien Chirlos” murmuró:

—Ahora al trabajo, chiclanero. Pero después de la labor, esta noche te espero en la cabina de popa, para partirte los dientes por “chivato”.

—Y a ti te voy a patear por “acusica” y soplón. ¿Pues no dice que mi niña le saca la lengua al señor Carlos? ¡Será embustero!

El gruñido de “Cien Chirlos” creó la sensación de un bostezo de león hambriento... pero el vendaval rugía, también. Y primero era la obligación, y después la diversión...

En la sala capitana, Carlos Lezama dirigióse al camarote donde dormía su hijo. Le contempló en silencio. Un sueño de mozo robusto: puños cerrados, y boca abierta... “Disparan un cañón y no lo oye”, sonrió complacido el Pirata Negro.

Apartó la manta que cubría el cuerpo del niño. Carlos de Ferblanc despertóse al sentir, no ya el frío repentino, sino la presión de la mano musculada alrededor de su muñeca.

—Saltad de la cama, caballerete. Vos y yo tenemos que hablar.

Carlos saltó del lecho con prontitud y pánico. Su padre sólo empleaba el tratamiento respetuoso cuando se proponía castigarle...

—¿Qué hice yo ahora, padre?— balbuceó inquieto—. Estaba durmiendo...

—Y sentís vuestra conciencia tranquila, porque dormíais, ¿no? Pero antes os oí insultar a una dama. No me miréis con ojos de asombro. Hablo de la señorita Gaby.

—Es una mocosuela impertinente, que me dijo que yo tenía voz desagradable.

—Vanidoso sois, además de descortés. ¿Creéis acaso que vuestra voz es encantadora?

—Es como la tuya, padre. Así me dijo el padrino.

—¡Hum! Pasemos por alto ese incidente. Vayamos a otro: ¿es cierto que quisisteis romper el velero contra la cabeza de vuestra hermana?

—Es cierto..., pero no pude. No me dejaron—quejóse el niño.

—¿Es cierto que calificasteis de cresta la cabeza de Gaby?

—Te oí decir un día que los hombres tienen “testa” y las—mujeres “cresta”—y el niño, abiertas las piernas, con el rostro a la altura de medio muslo del Pirata Negro, le miraba a los ojos, ingenuamente.

Carlos Lezama le señaló la cama. Obediente, volvió el muchacho a acostarse. Cubrióse, y desde debajo del embozo miró sonriente a su padre, sonrisa que fué aumentando a medida que su padre sonreía. Y ambos estallaron en alegre carcajada, truncada

repentinamente en el niño al ver la repentina seriedad que invadía el semblante de su padre.

—¡Magnífico, magnífico!—murmuró el Pirata Negro—. Te quedas ya muy tranquilo. Has ofendido a una dama, y ya te dispones a roncar como si nada hubiese ocurrido. Mírame a mí: ¿qué crees que hacía yo a tu edad cuando una niña me sacaba la lengua?

—Le atizabas un puñetazo—afirmó convencido Carlos de Ferblanc.

El Pirata Negro sentóse en el borde del lecho. Cogió un rizo negro de la cabeza infantil y lo anilló alrededor de su índice. Habló en voz baja, evocando:

—Tu abuelo fue un apuesto y galante conde francés, Carlos. Era honrado, viril, y todo París le respetaba; ¿sabes por qué? Porque a los hombres los tenía siempre a raya y le temían..., pero doblaba la rodilla ante las mujeres. Si ofendía a alguna, le pedía luego perdón. Que no humilla al hombre reconocer sus yerros, y el peor delito es ofender a mujer que no lo merezca. Porque en toda mujer debes siempre ver la imagen de una madre, Carlos. Ahora duerme... y después, pensando en el conde Humbert de Ferblanc, tu abuelo, ¿qué harás?

—Le pediré perdón a la mocosuela... Pero me cuesta, ¿sabes?

Ei Pirata Negro acarició la cabeza del rebelde muchacho. Poco después entró en el camarote de Gaby Lucientes. La halló despierta.

—¡Hola, hola! ¿No es hora de dormir, señorita?

—No tengo sueño, don Carlos. Pienso..., pienso en algo que no puedo decirte porque te enfadarías — añadió, indecisa.

—Me enfada sólo aquello que se me oculta. Habla, Gaby.

—¿Cuándo... cuándo veré a mi padre?

El Pirata Negro sonrió con cierta inquietud.

—Tu padre... vendrá algún día, Gaby. Pero, mientras, has de tener paciencia. ¿Tanto te molesta estar conmigo?

La niña tendió los brazos impulsivamente y, levantándose a medias, colgóse del cuello del pirata. Le besó sonoramente en ambas mejillas.

—Te quiero mucho, don Carlos. Mira—y adoptó un aire de profunda reflexión—: si no hubiera sido primero mi padre y yo no le hubiera conocido, pues te habría escogido a ti por padre.

La carcajada del Pirata Negro fué mezcla de divertido contento y oculto pesar.

—Gracias, adulona. Pero ahora vamos a hablar de Carlos. ¿Por qué le dices que tiene la voz fea y por qué le sacas la lengua?

—Porque... se puso a gritar como haces tú en las tormentas. Y lo hizo mientras padrino tocaba una cosa muy bonita.

—Escucha, Gaby. Tú, por mujer, y porque eres un año mayor que mi hijo, eres más inteligente. Perdónalo y muéstrate amable con él. Quiérelo como a un hermano. Carlos es bueno..., aunque sea rudo. ¿Lo recordarás?

—Yo ya le quiero, ¿sabes? Pero es que a veces me asusta...

A las cinco de la tarde, el Pirata Negro, sentado tras su mesa, contemplaba el semblante serio con que Carlos de Ferblanc se acercó a Gaby Lucientes, hacia la que tendió una mano vacilante.

—¿Me perdonas, Gaby? Yo... no quiero pelear contigo.

—Yo tampoco—y ella, además de coger la mano, avanzó el rostro. El muchacho la besó torpemente en la mejilla, y quiso especificar su completo olvido de la “pelea”.

—¿Jugamos, Gaby? Tú vas a ser el caballo, y...

—Oye, Carlos—intervino el Pirata Negro—. El caballo eres tú y ella es el jinete. Para eso eres tú el más fuerte, y ella, mujer y delicada.

El muchacho colocó a regañadientes las manos y rodillas en el suelo. Ella cabalgó sin miramientos...

De pronto retumbó una explosión y el velero bandeó a babor...

—¡Bergantín a proa ¡—gritó la voz del vigía—. ¡Zafarrancho de combate!...

El Pirata Negro salió corriendo hacia el puente. En la sala, Gaby se impacientó, propinando dos taconazos a su montura...

—¡Arre, arre, caballito!

Carlos de Ferblanc, desde el suelo volvió hacia arriba un rostro ceñudo.

—¿No has oído el cañón?

—He oído. Pero eso es juego de mayores, Carlos. Tu padre se ocupa de resolver esos juegos. ¡Arre, arre!

—¡Maldita sea!—rezongó por lo bajo el paciente caballo—. Y no hay más remedio. “Él” me lo ha ordenado...

El cañón crepitaba estruendosamente, mientras el velero,

obedeciendo a las estentóreas voces del Pirata Negro, imprimía a su carena “zigzags” de esquiva al fuego enemigo…

Cuando el velero soltó la primera andanada, trepidaron las maderas de cubierta.

En la sala capitana, Gaby Lucientes espoleaba furiosamente, desmelenada, a Carlos de Ferblanc, que, contagiado por el rumor de las explosiones, sentíase todo un potro bravío… y cuando logró desmontar a su jinete, estalló en alegre carcajada.

Desde el suelo, frotándose las doloridas posaderas, Gaby Lucientes murmuró entre dientes palabras inaudibles… Al fin sonrió, y ambos chiquillos, ajenos al combate que se entablaba entre el “Aquilón” y un bergantín atacante, continuaron sus juegos…

CAPITULO III

Sonsoles de Aguilar o una deuda aplazada

A principios del mes de marzo del año de gracia de 1708, en la poco concurrida bahía de la española isla de Trinidad, vino a recalar un bergantín de majestuosa estampa.

Todos sus tripulantes vestían a la usanza marinera bretona: pantalón a rayas negras sobre fondo blanco; y su "camisola" era también alistada. Cubrían sus cabezas con aplastado sombrero, del que colgaba una cinta negra.

Por ambas bordas del bergantín asomaban sus bocas los cañones de grueso calibre con que estaba artillado. Su aparición en el horizonte fué acogida con alarma por los habitantes del puerto, que se aprestaron a la defensa, pero sintiéronse aliviados cuando en lo alto del mástil ondeó el gallardete blanco...

No por eso depusieron las armas, pues era hecho corriente en buques piratas aparentar pacificas intenciones, y luego, a tiro ya del blanco que habían elegido para saquear, disparaban traidoramente sus baterías...

Pero el bergantín, en cuya proa destacábase una pancarta con la palabra "Madriles", vino a anclar sin que sus piezas artilleras escupiesen fuego.

Subió a bordo una comisión compuesta por los principales de la capital, al frente de los cuales iba el gobernador, portando guantes blancos. Y Diego Lucientes cubrió su única mano con un guante blanco. Símbolos de paz y cordial intención.

Correspondió al saludo del gobernador, y ostentó su sonrisa truhanesca de antiguo tahúr, al decir:

—No porque sólo lleve un guante, son medianos mis deseos de paz. Excusadme si cometí la torpeza de perder medio brazo, señor

gobernador. Supongo desearéis saber los motivos de mi llegada: Aprovisionarme y hacerme de nuevo a la mar.

—¿Mercante, capitán, o estáis delegado por Su Majestad para vigilancia del Caribe?

—Navego libremente, y el bergantín es de mi propiedad. Tengo tripulación bretona y persigo por mi cuenta a un determinado caballero que responde al nombre de Carlos Lezama. ¿Tenéis acaso noticias de él?

—¿Carlos Lezama?—meditó el gobernador—. No, no he oído hablar de él nunca.

—Le apodan el Pirata Negro.



—...le apodan el Pirata Negro..

—¡Ah! Sí, le conozco: manda el velero “Aquilón”..., pero hace años que las olas del Caribe no susurran sus hechos. Esta noche, capitán, damos una fiesta en honor de una dama española que llegó recientemente. Es la hija del virrey de Puerto Rico. ¿Nos honraréis con vuestra presencia?

—Todo el honor será para mí, señor gobernador.

Fuese la comisión de principales tranquilizada ya por el aspecto disciplinado de la tripulación, y por el elegante atuendo del capitán, así como de sus modales corteses, aunque levemente burlones.

Diego Lucientes les vió dirigirse hacia la playa. Sonrió al acercársele su lugarteniente Ankou Kerbrat.

—He sido invitado a un festejo palaciego, Kerbrat. Ése es puerto español, y no quiero disturbios en tierra. Zarparemos mañana al amanecer, y sólo bajaréis tú y diez bretones. Una vez aprovisionados, nadie más bajará a tierra. Sólo el habitual equipo de hombres informadores a la caza de noticias del caballero Lezama.

* * *

Sonsoles Ávila, hija del marqués del Aguilar[1] era de una exquisita belleza delicada, y su tez, sonrosada, enmarcada por los castaños bucles, daba una impresión de romántica fragilidad.

Pero los negros ojos miraban altaneros, y las cejas arqueadas complementaban el mohín desdeñoso de los labios gordezuelos y bien dibujados.

Si era admirada por los hombres y envidiada por las mujeres, en un punto, sin embargo, todos se ponían de acuerdo; en que la hija del marqués del Aguilar era excesivamente orgullosa.

Pero era hija del virrey de Puerto Rico, y por eso la casa-palacio del gobernador resplandecía de luces y todos los que iban llegando inclinábanse ante Sonsoles Ávila, antes que frente al gobernador.

Ella, con displicente ademán, iba condescendiendo al homenaje tributado a través de su persona a la real alcurnia representada por el marqués del Aguilar, virrey de Puerto Rico.

Hasta entonces, Sonsoles Ávila había sido la perfecta encarnación del distinguido aburrimiento. Su rostro, de pronto, adquirió un sincero gesto de estupor... Nadie se dió cuenta de la mirada colérica que lanzó al que, recién llegado, examinaba a su alrededor la disposición de la morada del gobernador.

Cierto que carecía de antebrazo izquierdo, pensó Sonsoles Ávila, pero era el mismo sujeto, que primero en Madrid, con desfachatez estudiantil, y más tarde en la ciudad pirata, acompañando a un insolente bandido llamado Carlos Lezama, habíala requebrado con impertinente indolencia en la segunda ocasión, si poético se mostró en la primera, cuando...

Diego Lucientes acababa de andar con rapidez y ante ella, quitábase el tricornio, inclinando su alta talla...

—Maravilla de maravillas... Milagro portentoso, linda Sonsoles...

Tú, que fuiste mi ensoñación de adolescente...

—¡Señor de Cifuentes!—gritó ella, airada, levantándose del sillón que ocupaba.

El gobernador, interpelado, acudió presuroso.

—¿Me llamasteis, señora?

—¿De cuándo acá toleráis en vuestra casa la entrada de fementidos piratas?—y, tremante de indignación, Sonsoles señaló al madrileño.

El gobernador pestañeó, mirando alternativamente a Diego Lucientes y a la hija del virrey de Puerto Rico.

—No... os comprendo, señora.

—¡Este hombre es el lugarteniente del Pirata Negro!—clamó ella.

—Era... era el lugarteniente del caballero Lezama, Sonsoles. No mientas...—rebatió sonriente Lucientes.

—¿No hay caballeros en esta mansión?— inquirió, altiva y desdeñosa Sonsoles Ávila—. ¿No hay quien eche al arroyo a ese rufián?

Dos individuos avanzaron espada en mano. Diego Lucientes desenvainó, y la punta de su espada colocóse en el pecho del aturdido gobernador.

Diego Lucientes, dijo, dirigiéndose al gobernador:

—Deseo advertiros que vos pagaréis los platos rotos, como corresponde a vuestro deber de anfitrión. Decidle a esos señores que enfunden sus pinchos, que mi bergantín vino en son de paz, y yo vine a bailar y galantear, no a buscar querella. Que siga el festejo, distinguida concurrencia. Trátase de un error que quedará aclarado inmediatamente. Repetid mis buenos deseos, señor de Cifuentes. Veréis que es error de la señora...

El gobernador atendió perplejo a 1a más urgente de las peticiones: la picazón del extremo del acero en su pecho. Forzó una sonrisa, lamentable, mientras decía:

—Prosigan en sus diversiones, señores. Se trata de un error.

Diego Lucientes envainó, explicando brevemente:

—Entré por mi pie, señor de Cifuentes, y saldré de la misma, forma, diga lo que diga vuestra encantadora festejada.

—¿No tenéis fuerzas armadas para detener a este hombre? —murmuró Sonsoles Ávila, indignada.

—No igualan a los treinta cañones de mi bergantín, linda doncella tempestuosa— sonrió Diego Lucientes—. No seáis tan desagradecida, que a un festejo apacible dado en vuestro honor, queráis añadir el acompañamiento de un incendio y un arrasamiento de la ciudad. Tranquilizaos, señor de Cifuentes. Bien claro os dije que mañana por la mañana zarparé, y que vine en son de paz. Ignoraba que hija del virrey de Puerto Rico fuese esa señora, con la que tengo una antigua deuda.

El gobernador dejóse caer, más que se sentó, en un sillón cercano al en que, erguida, Sonsoles de Ávila, contemplaba iracunda al madrileño.

—¿Vais a negar que fuisteis pirata a las órdenes de Carlos Lezama?

—Lo fui. Tuve el honor de servir las órdenes del caballero Lezama. ¿Y qué reproche hay en ello?

—¿Os atrevéis a defender…?

—¿Queréis callaros un instante, linda hija del virrey? Tenemos que tranquilizar al señor de Cifuentes, que está temiendo por su ciudad. El caballero Lezama no me consideró digno de seguir a sus órdenes, y partí para Francia. Mi difunta esposa, Gabrielle de Civry, me nombró heredero de muchos bienes, y merqué un bergantín con el que navego sin más fin que dar caza a mi amigo Carlos Lezama… al que tengo que matar. No por pirata, ya que nunca lo fué más que de nombre. Y vos me vais a servir de testigo, señora. ¿Cómo conocisteis al Pirata Negro?

—Presa estaba con mis padres en una ciudadela pirata. Y allí estabais ambos…—la voz de la abulense habíase dulcificado.

—Y con riesgo de su vida, el caballero Lezama salvó la de vuestro padre; no por él, sino porque erais dos damas a quienes esperaba la peor de las muertes. ¿Miento, acaso? ¿Es o no cierto que si hoy gritáis y os mostráis escandalizada se lo debéis al hidalgo Lezama?

Calló el madrileño que en aquella actitud del Pirata Negro había influido de por mucho su súplica.

—Nos salvó…—reconoció ella—. Pero… no por eso dejáis de ser vos un pirata fullero.

—Lo fui… Me refiero al cargo de pirata. Que fullero, sigo siéndolo, porque con mi única mano, me precio de barajar mejor

que nunca. ¿Olvidasteis acusarme de lo más importante?

La conversación no era privada, porque si bien fingiendo desentenderse los concurrentes estaban pendientes del grupo formado por la hija del virrey, el gobernador, ambos sentados, y el pelirrojo manco, que permanecía en pie ante ella.

—Vuestra desfachatez...

—Ésta siempre es visible, linda señora. Me refiero a mi afición antigua por la poesía...

Sonsoles de Ávila bajó, la cabeza, para ocultar un repentino rubor. Diego Lucientes se encaró con la reunión.

—Deseo que todos me escuchéis, señoras y señores... Aunque lo estáis haciendo con cierto disimulo cortesano. Habéis oído que la señora me ha acusado de pirata. Tiene razón. Por espacio de varios años navegué bajo un pabellón pirata.

Varios comentarios masculinos llegaron a oídos de Diego Lucientes. Sonrió con un ademán apaciguador de su única mano.

—¿Insolente, bravucón, retador?.. Nada de eso, señores. No reto a nadie. Y mi bergantín está quieto y callado. Quiero, sólo, poneros en antecedentes de un hecho que ocurrió hace años en Madrid, mi bella capital de mis amores. Era yo por entonces un honesto estudiante de Leyes. Bebía rico Valdepeñas, tentaba el naipe, poseía mis dos brazos, y a nadie perjudicaba. Pero tenía un gran defecto. La poesía me dominaba... y un día en su carroza vi pasar a una figura de ensueño. Era apenas una doncella de quince años la que, altiva y desdeñosa, plasmaba en su rostro toda la belleza a que yo aspiraba. Soñé... y la luna me sonreía bonachona. La luna, mi amiga, me decía: “¿Qué daño hay, Diego Lucientes, en que mandes honduras de tu corazón a Sonsoles Ávila, hija del marqués del Aguilar?”

Rió el madrileño con áspera entonación sarcástica. Prosiguió:

—Pero la luna no es torpe. Bien claro me dijo: “Es un amor imposible, Dieguito. Tú eres un barbián estudiante sin un ochavo, y ella es hija de un marqués.” Supe comprender, y estaba precisamente en la edad en que por imposible, más apetecemos amar. Cometí un gran crimen, sí, el peor de los crímenes. Estremeceos, honestos oyentes. Cometí el sangriento crimen de mandar una poesía a Sonsoles Ávila, marquesita del Aguilar. Le hablaba de la veneración que los salvajes sienten por sus idolillos.

También citaba la delicia de un aire suave en lo alto de un monte inaccesible. En fin, trovas juveniles. Y... un mayordomo, acompañado de cuatro lacayos, vino a buscarme a la Universidad. Me amarraron como a un cortabolsas, y me llevaron a rastras basta el palacio del marqués de Aguilar. Allí me propinaron suculentos palos en los lomos, por asno. Recuerdo aún la frase del mayordomo, entre palo y palo: "¡Osado! ¿Requerir de amores a la señorita? ¡Malandrín!" No quise rebajarme a hacerle comprender que yo no pedía amores, sino que mendigaba el derecho a sentir amor, sin aliento de esperanza. No quise explicárselo por dos razones: porque era gordo y estaba demasiado bien alimentado para comprender las exquisiteces quintaesenciadas de las eternas quimeras... y porque mi dejaron sin habla los palos que tundieron mis espaldas.

Estallaron algunas risas. Rió más fuerte que todos el ex estudiante.

—Pongámonos ahora serios, amigos. No me dolieron los palos. No me dolió la estolidez lacayuna. Me dolió... y sigue quemándome... ¿sabéis qué?.. Una suave risa dulce y desdeñosa... Una armónica risa femenina... ¡Sonsoles Ávila reía porque vapuleaban a un poeta ripioso y enamorado!

Diego Lucientes acaricióse la barbilla con ademán pensativo.

—La orden la dió el marqués... pero ella, por mujer, si hubiera sido sensible, habría acortado mi castigo, o habría tenido el buen gusto de no presenciarlo. O, si lo hubiese presenciado, debería haber mantenido los labios silenciosos, altivos y despreciativos como siempre. Y yo soy español y sé perdonar las ofensas..., pero me duelen siempre las humillaciones. Tuve a su padre al extremo de mi espada: pude matarle. No lo hice. Pude besarla a ella. Preferí intentar olvidarla. Y ésa es toda la historia, distinguidos oyentes. Falta tan sólo un epílogo: si yo anduve entre piratas, ¿sabéis por qué fué? Huí de Madrid abochornado por una risa femenina... Vagué por el mundo... Hambriento y desesperado, formé parte de la tripulación del "Aquilón", y allí aprendí en dura escuela una gran verdad: la nobleza no la dan los blasones, sino el temple. Todo un pirata de noble temple como el señor Carlos Lezama, salvó la vida a un marqués del Aguilar, pese a las provocaciones e insultos del que era noble por su cuna. ¿Y por qué le salvó? Porque, aun bandido, el español olvida las injurias si está en peligro la vida de una dama.

Ahora, que siga el festejo.

Para muchos de los oyentes, era más simpática la figura del manco pelirrojo que la de la altiva hija del virrey.

Diego Lucientes inclinóse levemente ante Sonsoles Ávila.

—Teníamos una deuda aplazada, linda orgullosa. ¡Ésta!

Con rapidez imprevisible, el madrileño sujetó por los hombros a la hija del virrey con su único brazo y estampó en su boca un sonoro beso.

Luego, saltó hacia atrás para evitar el airado bofetón, murmurando:

—Ya me dieron bastantes palos tus lacayos... Dile a tu padre que estamos en paz. Por el calor de unos palos, la frialdad de tus labios.

Desenvainó al ver acercarse a varios hombres amenazadores.

—Me voy, distinguidos señores. Dejadme paso, que no quiero lucha... ni quiero que mi bergantín destruya una ciudad por un beso más o menos...

Fué dirigiéndose hacia la puerta, vigilando los movimientos de los caballeros presentes. Ya en la escalinata, envainó... Anduvo deprisa, hasta que tuvo la certidumbre de que no era seguido, y después disminuyó la rapidez de sus pasos, hasta detenerse mirando la luna.

—¿Verdad que hice mal, amiga? Te oigo: “Dieguito, has sido torpe. ¿Besar? Besar es reavivar la llama”.

¿Cómo?—y fingió escuchar una voz inexistente—: ¿Que soy enamoradizo? No, amiga. Sonsoles Ávila fué mi primer amor de poetastro estudiante... Y el primer amor es el único que cuenta.

CAPÍTULO IV

"El español olvida las injurias...”

Eran las dos de la madrugada, y Diego Lucientes paseábase por el recinto lujosamente amueblado de su camareta salón cuando Ankou Kerbrat vino a cuadrarse ante él.

—El señor gobernador os ruega que le recibáis, capitán.

—No creo que venga a que le bese. Hazle pasar: saldremos de dudas.

Cosme de Cifuentes entró con talante cohibido, como hombre portador de un mensaje molesto, o como embajador de alguna extraña petición.

—Larga vida os deseo, capitán Lucientes.

—Amable estáis, señor de Cifuentes. También yo os deseo que rebaséis el centenar de Navidades. ¿Os apetece algo sólido o líquido?

—No, gracias. Vengo tan sólo a deciros..., en fin, primero deberé haceros una pregunta. ¿A qué atribuís la presencia de la hija del virrey de Puerto Rico en mi mansión?

—Se aburriría allá, o es una escala en su viaje de vuelta a España. En el fondo, la razón de su viaje no me quitará el sueño.

—Escuchad, capitán Lucientes: Puerto Rico está sitiado por dos naves filibusteras americanas. Ella ha conseguido huir, acuciada por su padre, el marqués del Aguilar. Vino a Trinidad en petición de fuerzas...

—Ya. ¿Y a mí qué?

—Sois español. ¿No os preocupa la suerte que puedan correr los infortunados moradores de Puerto Rico?

—Francamente, no. Que cada cual se las componga como pueda.

—Ved que el marqués puede perecer...

—Se me da un rábano del marqués. No bailaré sobre su tumba, pero podéis estar seguro de que mis ojos no derramarán lágrima alguna.

—No debéis ser rencoroso.

—Pero, ¡repámpanos!, vemos si nos entendemos. ¿Para qué venís a contarme cosas que me tienen sin cuidado?

—Nosotros no estamos en condiciones de prestar ayuda al marqués del Aguilar, hasta que no llegue el galeón español. Y éste no ha de llegar hasta dentro de quince días..., fecha en la que los heroicos defensores de Puerto Rico habrán sucumbido.

—¡Loor a los heroicos defensores ¿De veras no queréis algún refrigerio? Aceptadlo, porque yo tengo sed y hambre y no voy a esperar a que os marchéis para saciarlos.

Y pasando a la práctica, Diego Lucientes sentóse tras la mesa, escanciándose vino, y sirviéndose un alón de pollo de la bandeja repleta.

—Capitán Lucientes... Ella me ha enviado...

Con la boca llena, masticando deleitosamente, Diego Lucientes parpadeó.

—¿Ella? ¿Os referís a ese témpano de orgullo bonito pero odioso llamado impropiamente con dulce nombre de mujer? ¿Os referís a Sonsoles?

—Sí. Aludo a la hija del virrey—dijo pomposamente el gobernador.

—El virrey y su hija me dan cincuenta puntapiés en el hígado, querido gobernador. Yo soy mi propio rey y no reconozco autoridades de virreyes, ni de gobernadores ni de hijas de virreyes... Con humilde cortesía, os invito a que os larguéis, señor gobernador. ¿No comprendéis que sois el colmo de la inconsciencia?

—¿Y por qué, señor?—engallóse el gobernador.

—¿Qué vinisteis a buscar a mi bordo?..

—La ayuda de un español que dispone de un bergantín artillado.

—Mi dinero me costó, y para otro fin muy distinto lo reservo.

—¿Acaso os da miedo luchar contra filibusteros?

—El miedo que tengo es de que regreséis a tierra a nado si continuáis importunándome. Todo el monte no es orégano, señor gobernador. Porque estudié leyes, aborrezco las leyes... y a sus representantes. Y porque me veáis bienhumorado no queráis

confundirme con una lechuga dispuesta a aliñarse con todas las salsas. Conque ahuecad, que siempre he tenido el capricho de saber si los gobernadores saben o no nadar.

—Tal descortesía es impropia de un español.

—España está lejos; dejémosla en paz, amigo. ¿Os vais o tendré que acompañaros colocando mi pie en el fondillo de vuestras calzas?

Iba a protestar el gobernador, cuando una voz femenina habló desde el umbral:

—Os pido perdón, señor de Cifuentes, por haberos impuesto tan ingrata embajada.

—Caldero —

Diego Lucientes, sentado, agitó el hueso descarnado del alón que sostenía entre los dedos.

—Bienvenida, Sonsoles Ávila, hija del marqués del Aguilar y otras hierbas. ¿Escuchabas trae la puerta?

—Acompañé al señor de Cifuentes —dijo ella con serio semblante ofendido—. Podríais levantaros cuando entra una dama.

—Tu altivez iguala tu inconsciencia, linda cumbre nevada. No estamos en tu palacio de Madrid.

—Os pido respeto para una dama que viene a suplicar...— empezó a decir Cosme de Cifuentes.

El madrileño echóse hacia atrás riendo a carcajadas, que aumentaban tanto más cuanto mayor era el fruncimiento de Sonsoles.

—Perdonadme esta hilaridad. ¿Suplicar, ella? ¿Estáis ciego, gobernador? ¿¿No veis que ella en la cuna ya le daba severas órdenes a su niñera?

—No vengo a suplicar — rebatió ella—. Vengo a deciros que una isla española está en peligro...

—Eso lo sabía yo antes de ahora. Hace varios minutos que siento que está en peligro la isla gobernada por Cosme de Cifuentes. Porque, ¡repámpanos!, ¿creéis acaso los dos que soy todavía el estudiante de capa raída y alma de lila? Ha pasado mucha agua, bajo los puentes, y los años han hecho del estudiante un bribón. No haya, pues, engaños. Largáos, y os lo indico por última vez, señor gobernador. Y vos, hija del virrey, seguid la misma senda. ¿O tendré que besaros de nuevo?

—Vámonos, señora—terció el gobernador—. Es inútil humillarnos ante el grosero sujeto.

Diego Lucientes se levantó y Cosme de Cifuentes acercóse presuroso hacia la puerta de la camareta.

Sonsoles Ávila avanzó presurosa, interponiéndose en el camino de Diego Lucientes, en cuyo pecho apoyó una mano.

—Vámonos, señora—apremió el gobernador.

—Me quedo—replicó ella inesperadamente, mirando con fijeza al madrileño, que se había detenido ante ella.

—Pero, ved lo que decís, señora. ¿Os vais a quedar con quien nos hace escarnio?

—Idos, señor de Cifuentes. Os lo mando.

—No me queda más albedrío que el de acatar vuestra orden, señora. En la lancha os aguardo.

Diego Lucientes, separándose, volvió a sentarse de nuevo, sirvióse una copa de vino, que paladeó golosamente.

Sonsoles Ávila, frágil en su vaporoso y rico vestido de baile, aproximose hasta colocarse en pie frente al madrileño, al otro lado de la mesa.

—Deseo repetiros una de vuestras frases, señor de Lucientes.

—Repetid cuanto queráis, que vuestra voz me emociona, pero apeadme el tratamiento. Soy Diego Lucientes a secas.

—Dijisteis que desde que... abandonásteis Madrid había pasado mucho agua bajo los puentes. También para mí han transcurrido los años...

—Si os ha de serenar, debo confesaros que, pese a los años transcurridos, seguís siendo un tierno brote... de cardo.

—Os hago gracia de vuestras chanzas. Olvidad antiguos sucesos y ante vos, un español, ved a una española.

—Ya conozco esa canción, Sonsoles. Invocar a España sería muy oportuno en otras circunstancias y ante otra persona. Yo no soy más que un pobre diablo tundido a palos por orden de vuestro papaíto, y abochornado con la afrenta peor: escarnecido por la risa burlona de la mujer a quien ofrendé mi ingenua poesía.

—Era yo entonces una niña y no vi en vos más que... un atrevido e insolente cazadotes. Por eso os dije que también para mí ha pasado el tiempo y hoy he cambiado mucho, dándome mucha comprensión y haciéndome capaz de comprender lo que antes

ignoraba.

Diego Lucientes sonrióse burlonamente.

—Voy a imitaros en vuestras invocaciones a España, Sonsoles. Nuestro refranero es fértil en enseñanzas. ¿Conocéis el dicho: "No se atrapan moscas con vinagre"? Yo soy el moscardón y vos, por unos instantes, mantenéis cerrada la vinagrera. Y tal sacrificio lo hacéis porque habéis fraguado el más insensato de los proyectos.

—¿Dónde reside mi insensatez? Vengo simplemente a pediros ayuda. Y ya nada tengo de la asustadiza niña que no sabía adivinar que en todos los oficios, sean los que sean, hay caballeros...

—¿Quedo ahora investido caballero? Versatilidad femenina. Antes, no hace apenas dos horas, yo era un fementido pirata, un empecatado rufián y un sujeto grosero. Tened constancia en vuestras opiniones o tendré que llamaros veleta y casquivana.

—Os citaré de nuevo una frase vuestra: "Un español olvida las injurias cuando está en peligro una dama".

—En pie, os vais a fatigar. Sentaos, porque os voy a exponer varios razonamientos. Primero: Se necesita tener, como tenéis, la arraigada convicción de que, con sólo pedir, sois obedecida, para venirme a mí con peticiones. Segundo: Si Puerto Rico arde por los cuatro costados, ya lo reedificarán. ¿Os quedaréis sin padre? A mí no me afecta en lo más mínimo. Por un marqués de más o de menos la corte de España no vestirá de luto. Tercero: Mi bergantín no está al servicio más que de mi voluntad y de mi real gana. Cuando pasé hambre no fue el rey de España quien me alimentó, ni tampoco el marqués del Aguilar. Hoy que tengo barco, y muy mío es, no lo destino a la imbécil empresa de defender los cofres reales ni los cofres particulares del marqués del Aguilar.

—Ante nadie me he humillado, señor Lucientes. Os... pido perdón por el agravio que en mi adolescencia os inferí, sin maldad ni propósito.

Diego Lucientes se levantó, descubriéndose.

—Vuestro arrepentimiento es insincero e hijo de apremiantes imperativos, que os acucian a aparentar lo que no sentís. Pero, ved que ya no me burlo. Lamento vuestra situación, mas no será mi bergantín el que acuda en auxilio del marqués del Aguilar. Y ahora, señora, si me lo permitís, os escoltaré a tierra. Es lo menos y lo más que, como hombre galante, debo hacer.

—Os lo suplico—murmuró ella juntando las manos—. Pedidme lo que queráis. A todo estoy dispuesta por salvar la ciudad sitiada. Mi padre no vacilará en cumplir la palabra que yo empeño en su nombre de vaciar sus arcas si es preciso para recompensar la ayuda de vuestro barco y vuestros doscientos hombres.

Diego Lucientes encasquetóse el tricornio bruscamente. Volvióse a sentar, muequeando con sorna.

—Mi bergantín vale un cuarto de millón en oro francés. Como veis es mucho dinero.

—Os lo pagará mi padre.

—Mis hombres suman doscientos y perciben una paga crecida desde que salimos de Burdeos.

—Mi padre la triplicará.

—Y a mí, ¿por cuánto me compra vuestro papaíto?

—No empleéis esta palabra—reprochó ella sonriendo esperanzada—. Fijad el precio que queráis.

—Veamos—y Lucientes fingió meditar—. Aunque me falta medio remo, navego airosamente... ¿Valgo otro cuarto de millón?

—¡Tenéis mi palabra de que mi padre os pagará cuanto pidáis!

—Querida niña—dijo con amenazadora suavidad el madrileño —. Estoy de vos y de vuestro padre hasta el mismo occipucio...

—¡Oh!—exclamó ella sorprendida y chocada.

—No gastéis vuestras exclamaciones tan pronto, porque os queda aún más por oír. Otra de vuestras ideas arraigadas, es que todo se compra si bien se paga. Sabed, pues, que hay algo en el mundo que no puede comprarse ni con todo el oro del rey. Y es mi real capricho. Ved lo que son las cosas: si en vez de mandarme primero al gobernador y después aludir vos al tesoro monetario paterno, hubiéseis simplemente invocado vuestra creencia en mi dignidad de hombre, quizá me habríais convencido. Ahora, ni que os arrastráseis llorosa por los suelos os ayudaría tan siquiera a levantaros.

—¡No esperes que te suplique más! —gritó ella coléricamente—. ¡Pero caiga sobre tu cabeza la sangre de los que van a morir!

—¡Repámpanos! ¿Y qué culpa tiene mi pobre cabeza de que los filibusteros americanos se hayan enamorado de los cofres de Puerto Rico? No haberlos tenido tan llenos. Además, observa que mis rizos son rojos. No se notará en ellos el color de la sangre con que

injustamente quieres inundar mi inocencia.

Cedió ella de pronto en su actitud nerviosa y, sentándose abatida, dirigió hacia Lucientes la velada luz de sus negras pupilas llorosas.

—Olvidad el pasado, señor Lucientes. Yo os suplico, ya no en nombre de mi padre, ni en el mío... No impetro el poder del oro con cuya mención oh ofendí... Invoco la vida de mi madre en peligro. No quiso abandonar la ciudad, pese a la enérgica orden de mi padre, y, simulando irse conmigo, volvió a tierra... Si Puerto Rico cae en manos de los filibusteros americanos, no lloraré mi pobreza, sino mi orfandad.

Diego Lucientes guardó silencio, mirando al techo. Sonsoles Ávila, levantóse y comentó sin acritud:

—Libre sois de vengar hoy la afrenta que a tormentosa vida os lanzó. Pero ya que considero inútiles mis ruegos, servíos solamente pensar en lo futuro que de la cruel risa de una niña, perdón os pide la mujer que hoy os vino a suplicar.

Siguió en silencio el madrileño. Ella, en el umbral, volvió el rostro. Descubrióse Diego Lucientes.

—Adiós, señora. Que halléis mejor ayuda que la mía es mi deseo.

Sonsoles Ávila acercábase ya a la pasarela del bergantín cuando una mano musculada, de vell0 rojizo, se colocó en su antebrazo.

Diego Lucientes señaló con el mentón hacia lo alto, donde en el negro dosel estrellado el disco lunar destacaba su cándida albura.

—Ni por vuestros padres, ni por vos, tuerzo mi rumbo, señora. Si vamos a Puerto Rico, dad las gracias a mi amiga la luna. Mientras os veía iros, contemplé a esa fisgona filósofa y su voz, que sólo yo puedo captar me dijo reprobadora; “Dieguito, no es de hombre guardar rencorcillos como una mujer. Olvida que ella es orgullosa; olvida que el vapuleo mereció su risa... Piensa sólo que es una mujer que si un día rió hoy ha llorado” Y, ¡repámpanos, señora! la luna me ha convencido. Habéis ganado vuestro pleito.

Haciéndose portavoz con la mano válida, gritó el madrileño:

—Kerbrat! Leven anclas! ¡Rumbo a Puerto Rico!

CAPITULO V

Escaramuzas

Llegó Carlos Lezama a cubierta cuando a proa y popa del velero dos altos penachos de espuma ennegrecida señalaban el estallido de dos proyectiles.

Encaramóse de un salto al castillete de proa, gritando:

—¡Orzad a todo trapo! ¡Vira a estribor!

Por el anteojo comprobó que el bergantín atacante era un poderoso buque de artillería superior a la del “Aquilón”.

En el agitado mar dos nuevos cañonazos levantaron surtidores a proa y popa del velero.

—¡Artilleros de babor! ¡Mechas prestas! ¡Andanada de aviso! ¡Listos! ¡Fuego!

La trepidante deflagración envolvió en humo espeso al velero y los disparos estallaron ante la proa del bergantín que a toda vela lanzábase hacia el “Aquilón”.

Más ágil y de menos tonelaje, el velero rehuyó fácilmente la proximidad enemiga, distanciándose en defensiva huida.

Intrigaba al Pirata Negro comprobar que los disparos del bergantín no iban dirigidos a la arboladura, sino que premeditadamente empleaban el tiro de “aviso” ordenando arriar velas. De pronto, sus manos se crisparon alrededor del anteojo.

En la torreta del bergantín acababa de distinguir la inconfundible figura del manco pelirrojo.

Silbó con estridente modulación y “Cien Chirlos” acudió corriendo, olfateando la buena nueva de un cercano abordaje y un combate donde podría desfogar sus sobrantes energías.

—¡Ocúpate de mantener la distancia precisa para que no nos alcance el fuego de sus baterías! ¡Rumbo a la cala del islote Verde!

Allí esperaremos al amanecer la llegada de ese bravo bergantín peleón. ¡Que arríen los contrafoques! No quiero que el bergantín pierda la estela de mi velero.

Alejóse el lugarteniente prometiéndoselas felices al amanecer...

El Pirata Negro, observando la persecución del bergantín, murmuró:

—Tengo que darte la satisfacción, señor Lucientes, de que nos veamos frente a frente.

* * *

Sonsoles Ávila, desde cubierta, calmó las protestas de Cosme de Cifuente, que, en la lancha atracada al costado del bergantín, manoteaba desesperado oyendo el rechinar de los anclotes al ser izados.

—No temáis, señor de Cifuentes. Es por mi propia voluntad que gustosa y agradecida he aceptado la generosa y caballeresca oferta de ayuda del capitán Lucientes.

El aludido sonrió, torciendo la ancha boca.

—Prodigáis los adjetivos encomiásticos, señora. Despedid al buen gobernador, que corre el riesgo de regresar a nado al zozobrar su lancha, si no da orden de apartarla de mi casco.

Instantes después, en el puente de mando, Sonsoles Ávila reunióse con el madrileño. Estremecióse cuando el bergantín, ya en mar libre, era azotado por un viento frío, que penetraba el sutil tejido de sus ropas y atravesaba la escasa protección que para sus hombros desnudos suponía el leve velo de gasa y encajes.

Diego Lucientes dobló el brazo, ofreciéndolo en jarras.

—Os acompañaré a la camareta, señora. Allí hay fuego y el viento no penetra.

Ella apoyó su mano en el antebrazo y acompasó su marcha al largo paso del madrileño.

En la camareta, cerrado el portalón, un tibio calor invadía el recinto y los llamas de los leños enrojecían el hogar, empotrado entre rejillas protectoras en la falsa chimenea marinera.

Sentóse ella cerca del hogar, tendiendo sus manos ateridas hacia el llameante cabrilleo.

—¿Un ponche caliente, señora? Supongo que no os hará torcer el gesto un brebaje compuesto de yema de huevo, un poco de ron, agua azucarada caliente y unas gotas de limón.

—No os molestéis. Me hago perfecto cargo de que no estoy en un galeón de pasaje. Tomaré como vos un poco de vino entibiado a la llama.

Diego Lucientes colocó junto al hogar otra copa más con vino de Malvasía. Sentóse a la otra esquina de la chimenea marinera y miró con cierto humorismo a la bella hija del virrey, que, extendido el vuelo de su falda y esparcidos sobre los hombros los castaños bucles, tenía todo el aspecto de una niña acariciada por el reflejo de las llamas.

—Cuadro enternecedor, señora. Crepita el fuego en el hogar, cantando las delicias de un buen fuego amable... Vestís galas de fiesta que tientan al madrigal... Fuera ruge la galerna y aquí hay tibieza y recoleta soledad confortable... Los temperamentos solitarios como yo son propensos a la ensoñación. Nunca escarmientan porque sueñan solos, sin buscar con quien compartir su soledad... Pero esta noche estáis aquí, y un pintor ignorante de nuestras respectivas posiciones, podría tomarnos por modelo de matrimonial pareja... No es enfurruñéis, Sonsoles. Si valientemente os habéis mortificado hasta soportar la enojosa idea de viajar a solas en mi compañía, es porque me conceptuáis poseedor de un leve matiz de caballerosidad, y os quiero demostrar que no andáis equivocada. Pero permitidme que me chancee...

—Muy libre sois de reíros da mí, señor. Ayer os insulté y ahora os supliqué.

—Lejos de mí la mezquindad de abusar de una posición favorable que soy el primero en no mencionar. Pero, fijaos en la ambientación; todo hace suponer la idea de dos en uno: ¿no es el matrimonio la fusión completa de dos temperamentos dispares o parejos según los casos? Vos tenéis de parejo conmigo el orgullo; sólo que el vuestro está a flor de piel y el mío es recóndito. Vos habéis nacido en Ávila..., y yo, en Avapiés. Aquí termina la semblanza.

—¿Cuáles son las disparidades? Notad que os sigo en vuestra charla, simplemente para demostraros que en aras a un fin común debemos deponer toda tiesura.

—Si ando erguido es para hacer olvidar que soy manco, no porque tuve costumbre de pasar entre hileras de prosternados lacayos. ¡Torpe de mí! Vuelvo a recordar vuestro altísimo origen...,

ante el que sólo se prosternan lacayos o almas lacayunas.

—Sois mordaz e hiriente, señor. No es culpa mía si al nacer no hallasteis bordado en vuestra cuna un emblema aristocrático.

—Vuestro mérito fué ese: Tener la inteligencia de escoger cuna.

—¿Queréis abandonar este tema? Decíais que teníamos disparidades. Apartando la evidente disparidad de nuestros respectivos nacimientos, ¿cuáles son las otras?

—Poseéis dos brazos encantadores lianas perfumadas que harán morir de amor al feliz mortal que os dignéis aceptar por esposo. Tenéis mucha belleza y sólo a ella puede aspirar quien título luzca... y mucha paciencia tengo. Yo, al quedar eliminado por completo de ser vuestro posible suspirante, puedo hablaros libre y amistosamente. Ante vos sufrí el ridículo que incapacita para siempre a un hombre de hablar de amores. Un vapuleo lacayuno a poetastro reduce al ridículo más sublime toda trova y para siempre aniquila toda esperanza.

—Preferiría que conversarais de otro tema, señor.

—Cortáis en raíz todas mis incipientes charlas.

Diego Lucientes tendió una copa a la hija del virrey. Tomó la otra, que bebió lentamente a sorbos.

—Interpretáis mal mis palabras, Sonsoles. Os lo voy a demostrar, ¿Sospecháis que pretendo una especial recompensa porque el azar me puso en vuestro camino con un bergantín que os es de gran utilidad? ¿Suponéis que voy a pedir por premio, ya que nada estipulé, ser el yerno de un marqués? Responded con franqueza...

Ella veló con los párpados la respuesta afirmativa que en sus pupilas podía leerse.

Rió el madrileño alegremente.

—Perdonad lo que os voy a decir, señora. Suponed por un instante que ambos estamos solos en una isla desierta y cercana ronde la muerte. Antes que casarme con vos, me arrojaría al agua..., o si el hambre me acuciara mucho, os comería asadita a la parrilla.

—Es de muy mal gusto vuestra frase.

—Tampoco sé si asada tendríais buen gusto. Quiero especificar que si fuerais la única mujer sobre la tierra, yo moriría soltero.

Ella sonrió íntimamente ofendida y a todas luces incrédula.

—¿Creéis que lo digo por herido amor propio, comprendiendo que nunca podría yo ser vuestro esposo? No creáis tal; si estipulo

como precio de mi ayuda vuestra boda conmigo, ¿rehusaríais?

—Por mis padres y por la ciudad que el virrey defiende, yo realizaré tal sacrificio.

—Gracias; pero soy yo el que no quiere sacrificarse. ¿Sabéis por qué?

—¿Pensáis seguir ofendiéndome? Mal me está en decirlo yo misma, pero he sido calificada como una de las mujeres más hermosas de la Corte.

—Me encanta vuestra modestia. Desgraciadamente tenéis razón; sois bellísima. ¿Que no podéis decir lo mismo de mí? Desgraciadamente también tenéis razón. Pero todas estas consideraciones no influyen en mi decisión. En mi barrio natal, y perdonadme la vulgaridad, cuando alguien estaba en mi dominante posición, solíamos decir que “tenía 1ª sartén por el mango”. Lo olvido totalmente… Lo que crea entre vos y mi deseo un abismo infranqueable no es ni vuestra alcurnia ni vuestra desdeñosa altivez. La palmera más alta cae gimiendo al hachazo del leñador plebeyo, y hay desdenes que encubren misteriosos atavismos de anhelante sed de brutalidades.

—Habláis con más erudición que la que corresponde a un simple aventurero.

—No olvidéis quo fue en una Universidad donde me pillaron desprevenido vuestros esbirros lacayos. Ridícula imagen la de un manco trovador; pero menos que la de un hombre con sus dos brazos, cantándole ternezas a una roca señora.

—Quizás hoy supiera yo más agradecer las trovas de un ingenuo estudiante a los agrios cinismos de un capitán aventurero.

—Escuchad más agriedades, aunque sean en el fondo ingenuas quejas. Nunca podré solicitar de vos amores, porque sois mi primer amor… El matar a palos mi ideal de que la belleza era benigna y bondadosa, no fué gran delito. Los palos hieren al momento, después se olvidan. Lo que siempre quedará es vuestra risa. Las mismas carcajadas oí yo el día en que una niña contemplaba los inútiles esfuerzos de una tortuga, que sobre su caparazón deseaba tener alas de mariposa para recuperar el equilibrio perdido. Y hablando de otra cosa más práctica, ¿qué fuerzas suman los filibusteros?

—Cuatrocientos en dos goletas. Sesenta cañones.

—¡Repámpanos! Me lleváis a un baile divertidísimo. Al menos estoy cierto de que tendré una calurosa acogida.

—Pienso que lo pertinente sería dar un rodeo por la costa sur, sin enfrentar vuestro bergantín a las dos naves filibusteras. Desembarcando en zona oculta a la división de los piratas, reforzaríais con vuestras piezas y vuestros marinos a la guarnición sitiada. Y ya mi padre planearía, con vuestra generosa ayuda, un plan de ataque.

—Debo recordaros una cosa: Como agradecimiento, vuestro padre, al despedirse, nos juró al caballero Lezama y a mí que nos ahorcaría si un día nos poníamos a su alcance...

—Fué ímpetu momentáneo, porque es de carácter colérico. Pero tened por seguro que no os ahorcará, sino que bendecirá al hombre que como vos acude en socorro de una tierra española en peligro.

—Si mal no me engaño, también entonces, aunque piratas, en socorro de un pedazo de barro español acudimos, ya que salvamos el aristocrático pellejo del señor marqués, vuestro padre. No quiero bravuconear, pero si entonces, pudiendo perforarle, libre le dejé tras desarmarlo, hoy quizás le cortaría la lengua si se propasaba en altiveces que en vos tolero por mujer, pero que en él no consentiría. Si a Quijote me he metido, no quiero que Sanchos Panzas me tunden, llámense o no marqueses del Aguilar. Y es tarde ya, señora. No debéis trasnochar; disponed de aquella cámara. Nadie la ha usado. La destinaba a la mujer que nunca vos seréis. La destinaba a mi esposa...

Sonsoles Ávila levantóse sonriendo, pero en su mueca no había la menor amabilidad.

—¿Recordáis, señor Lucientes, cierta fábula?..

—Sí, perfectamente—interrumpió el madrileño riendo—. Aquella de la zorra, que, no pudiendo alcanzar las dulces uvas, las tildó de verdes... Yo no soy zorra..., ni vos sois uva dulce. A vuestros pies señora; felices sueños.

* * *

Fué al atardecer siguiente cuando Ankou Kerbrat dió la voz de:

—¡Velero “Aquilón” a proa!

Con febril impaciencia, Diego Lucientes corrió al entrepuente.

Ordenó disparar estrictamente, como prevención de hacer resaltar su superioridad artillera.

Durante toda la noche persiguió furioso la estela del velero que se mantenía a la justa distancia para no ser alcanzado por los cañonazos del bergantín.

Amanecía, cuando murmuró:

—Tú nunca huiste, caballero Lezama.

Divisó en una cala rocosa la silueta del velero inmóvil, como aguardándole.

—Comprendo ahora por qué no dabas aire a todas tus velas. Y ahora sabré por qué me has traído a esta cala.

Sonsoles Ávila, temblorosa por el cortante frío de la aurora, renovó sus protestas:

—¿Pensáis lanzaros a un combate ahora? Ved que…

—Si quedo en vida, señora, cumpliré lo que os prometí. Pero en este instante sólo tengo un anhelo: verme por fin con e] señor Carlos Lezama frente a frente

CAPITULO VI

Frente a frente

El sol espolvoreó la ligera bruma matinal, y el mar aparecía limpio y terso en la recoleta cala.

Mar y cielo confundíanse en un brillante azul. El sol inundaba las velas y el negro casco del bergantín, que, disminuyendo su velocidad, iba acercándose lentamente al inmovilizado velero.

El "Aquilón" enfilaba su proa hacia mar abierta y sólo se mantenía quieto retenido por un anclote. Sus velas abiertas demostraban que, al menor síntoma de ruptura de hostilidades, se lanzaría al combate...

En el castillete de proa, el Pirata Negro llamó a "Cien Chirlos".

—Vete a la sala capitana. Ni la señorita ni mi hijo deben salir a cubierta para nada, ocurra lo que ocurra.

El bergantín fué amenguando su marcha... En las bordas, al igual que en el velero, los artilleros mantenían erguidas sus picas de mecha encendida... Los tripulantes de ambos buques estaban alineados en orden de zafarrancho de combate, prestos a entrar en acción al menor grito de mando...

El "Madriles" lanzó un solo anclote de sujeción, al encontrarse su flanco dando frente al velero, a unos veinte metros de distancia.

Bamboleóse la mole del bergantín, y quedó detenida a escasa separación del velero. Eran visibles los rostros de ambas tripulaciones, tensos y expectantes...

La voz de Diego Lucientes fué netamente audible desde el otro barco:

—Ni tus hombres ni los míos tienen por qué luchar, señor Lezama.

¿Puedo ordenar a mis artilleros que depongan sus mechas?

—En tu barco tú mandas, supongo yo—replicó estentóreamente la burlona voz del Pirata Negro.

Los artilleros, obedeciendo la orden, apartáronse de las culatas de sus piezas.

—¿Puedo tender una triple palanca a modo de pasarela entre nuestras bordas, señor Lezama?

—Puedes hacerlo, si la posees, señor Lucientes.

Tres largos maderos planos sobresalieron de la cubierta del bergantín apoyándose en el pasamanos del velero, donde se afianzaron con sus ganchos inferiores.

Entre los dos buques quedó una pasarela formada por las tres palancas reunidas entre sí. Por ella avanzó Diego Lucientes, hasta detenerse en el centro de los maderos.

—Tengo el honor de saludarte, señor Lezama—y a la vez que hablaba el madrileño desenvainó, besando la hoja de su espada, que mantuvo ante su rostro, verticalmente enhiesta.

Formaba un curioso espectáculo la imagen del manco retador, en pie sobre una base de maderos suspendidos entre dos bordas y teniendo por fondo el mar.

Carlos Lezama dió un salto y fue a caer en pie, a dos pasos de distancia de Diego Lucientes.

Las tablas vacilaron y el madrileño recuperó el equilibrio, hincando en la pasarela la punta de su acero.

—Te saludo, estudiante. Has regresado: quemaste un galeón y apareces dueño de un bergantín de bella estampa.

Ambos hombres hablaban con voz suave, crispadas las mandíbulas. Mirábanse sarcásticamente, en recta ojeada de dura expresión.

—Paréceme que rehuíste el combatir en mar abierta, señor Lezama. ¿Te vuelven prudente los años?

—Sólo acepto combate de quien sepa manejar un barco, señor Lucientes. Y tú eres un aprendiz de marinero. Además, dijiste bien que, si hay querella, nuestra es y particular. Aquellos hombres y la bella damita que contemplo cómo nos escucha ansiosa, no deben tener por tumba el mar que tú les abrirías torpemente, ya que si manejando espada te reconozco cierta clase, como capitán de barco me causas una leve hilaridad.

Rió él Pirata Negro y su risa fué imitada en eco sordo por Diego

Lucientes, quien desclavó el hincado acero.

—He mercado un bergantín con un solo propósito, señor Lezama. Matarte... si puedo.

—¿Matarme? Luego, podré consentir en que lo intentes, pero excusa mi curiosidad, mozo loco. ¿Cuáles son los motivos por los que te inspiro un deseo tan poco caritativo?

Diego Lucientes colocóse la espada bajo el sobaco izquierdo, y con la mano derecha, desgarró su camisa, apartando los jirones con febril impaciencia.

Quedó al descubierto un hondo surco cicatrizado, que destacaba entre el vello rojizo.

—¿Ves esta huella?

—Perfectamente. Fué un estupendo latigazo que tú mismo pediste sin mi permiso.

—No fué un latigazo; fué y es un símbolo, a los que tanta afición tienes. Símbolo de mi humillación.

—¿A qué humillación te refieres? ¿A que ante tus ojos colgara a la hiena que te enamoriscó? ¿A los veinte latigazos que te dió el andaluz por orden mía? Benévolo castigo fué a tu abyección,

—¿Quién eras tú para juzgarme? Si abyecto quise ser, libre era de serlo...

—Te dije ya que, por tener una hija, no eras hombre libre de revolcarte en la inmundicia.

—¡Desenvaina! De los dos uno sobra, y mientras tú vivieras no quedaría yo calmado.

—No deseo pelear contigo, estudiante. Que de los dos uno sobraba, te lo demostré dejándote abandonado en Queleh. Yo seguí mi camino y te dejé seguir libre el que tu eligieras. Ahora, ¿qué pretendes?

—¡Te llevaste a mi hija robándomela como un vulgar pirata! ¡Si yo fui mal padre para ella, peor lo serás tú!

—Tú lo has querido, “Medio-Brazo”. Nunca pensé en matarte, pero... lo estás pidiendo a gritos..

—¡Por favor!—imploró una voz femenina, angustiada.

Inclinada en el pasamanos del bergantín, Sonsoles Ávila tendía sus brazos hacia los dos hombres que, espada en mano, estaban distanciados escasamente por el largo de sus brazos.

El Pirata Negro, manteniendo su espada con el extremo apoyado

en la puntera de su bota, frunció el entrecejo.

—A esta damisela la conozco, yo... “Medio-Brazo”. ¿Dónde diablos tuve el honor de oír antes de ahora tan linda voz?

—Cierra los oídos, Pirata Negro— apremió Diego Lucientes con impaciencia—. Lo que urge es que trabes contacto con mi espada, ¡En guardia!

“¡Os suplico que me atendáis, Pirata Negro!—gritó Sonsoles Ávila.

Carlos Lezama abatió do nuevo la punta do su espada que iba ya a trabar contacto con el acero del madrileño. Sonrió burlón.

—Habrá tiempo para dirimir tu personal querella caprichosa, señor Lucientes. Seamos ahora galantes, ya que nunca tuvimos nada que reprocharnos en este aspecto, ¿verdad, señor bachiller? ¿Quieres explicarme por qué razón te acompaña, voluntaria o forzosamente, esta damisela que me huele a rancia nobleza aunque su estructura sea juvenil. Gime desconsolada... ¿Teme acaso enviudar de ti? ¿Es tu esposa?

—¡Líbreme el Averno de que lo sea! Es imperiosa, ¡orgullosa!... Pero—y dió Lucientes un taconazo violento en las tablas—¿quieres o no darte cuenta de que no estoy en disposición de bromear contigo?

—Tampoco tengo yo esos deseos. Pero te advierto que si das otro botazo como el que acabas de prodigar, tú y yo vamos al charco a remojarnos. Quizás te convendría para mitigar tu ardor combativo muy desplazado, ya que, al fin y al cabo, es un capricho idiota el que por tu persistencia vayamos a ensartarnos. Repito, ¿quién es esta doncella que creo conocer?

—Sonsoles Ávila, hija del marqués del Aguilar... A los dos les diste libertad en la ciudadela pirata de la Fraternidad.

—Recuerdo. La Fraternidad... Armonía de explosivos... ¿Sonsoles? Cierto que ahora la recuerdo. ¿No era... tu primer amor poético? Hubo, si mal no recuerdo, solfa de bastonazos lacayunos para premiar tu estrofa madrigalesca. ¿Halla ahora mejor métrica en tus rimas? ¿La conmueven tus balidos al son de las olas?

—¡Vino a pedirme ayuda para libertar Puerto Rico de donde su padre es virrey! Pero ¡por cien mil rayos culebreantes! ¡que no vine a discutir necedades contigo! ¡En guardia, de una vez por todas!

—Cálmate, estudiante. La cólera es el soplo que apaga el candil

de la inteligencia. Soy mejor espada que tú, y sólo puedes vencerme, quizás, si obras con frialdad. El sol luce... el mar está reposado... y hay lágrimas en el rostro de la hija del virrey. ¿Queréis explicarme los motivos de vuestra congoja, señora? Ved que el caballero Lucientes me corta el paso. Excusad, pues, que os hable desde lejos sin poder besar vuestra linda mano...

—Esto no es un "sarao" palaciego —rezongó el manco pelirrojo —. ¡Vine a matarte!

—Ya me lo dijiste antes—admitió sonriente el Pirata Negro—. Y sigo ante ti, vivo y presente, para dejarte luego saciar tu sed canibalesca.

—¡Te burlas de mí y no voy a consentírtelo! ¡No busques acortar la paciencia que contigo manifiesto. Ya en otra ocasión te dije que odiaba tus modales de "matón", con los que respiras la suficiencia del que se cree un semidiós. Pareces querer indicarme que soy una criatura sin el temple suficiente para igualar tu endiosada jactancia.

—No te confundas. A otro que no fueras tú, habríale ya dado un empellón para que, tragando agua, se callara. Tampoco a otro le hubiera aguardado. No te menosprecio como enemigo. Te considero mi igual porque, como yo, posees grandes defectos y eres irritante. Como me quiero mucho, quizás en el fondo tenga por ti un cierto aprecio reflejo.

—¡Escuchadme! — gritó de nuevo Sonsoles Ávila—. Vuestra querella pone en peligro la vida de muchos seres inocentes... El bergantín acude en auxilio de la guarnición sitiada en Puerto Rico... Si el capitán Lucientes perece, con él morirá mi esperanza.

—Gratas palabras oigo, "Medio-Brazo". Eres la esperanza de esta dama, toda ella por entero hija de un marqués español. ¿Vas a defraudarla? Atiende mis razones: a mí no me has de matar, porque me asiste la serenidad del que sabe que no puede morir por una quisquillosa rabieta de un loco poeta y un borrachín como tú. Y escucha, bellaco: si yo te matase, como último castigo a tu necedad de peleón, ¿quién enjugaría las lágrimas de Sonsoles Ávila?

—¡Tú!—y el madrileño, con un grito de aviso, lanzóse a fondo, adelantando el brazo en estocada mortal.

El Pirata Negro ladeóse en el estrecho espacio y detuvo la acometida. Enzarzáronse los aceros con violenta trabazón y Lucientes demostró que había tenido un excelente maestro en el que

ahora consideraba su enemigo irreconciliable.

Desde ambos barcos, las tripulaciones seguían atentas el duelo, admirado la experta facilidad con que los dos contendientes, luchando en un espacio reducido, asestábanse mutuas estocadas, parando y atacando incesantemente, y con la misma agilidad confiada que si se hallasen en una sala de esgrima en vez de estar suspendidos en una pasarela sobre el abismo líquido.

Pero los aceros no tenían la pulcra cadencia de un asalto deportivo. Las paradas del Pirata Negro, eran tantas otras esquivas al acero que buscaba su pecho.

El madrileño dio de pronto un traspiés, y quedó arrodillado, aunque defendiéndose con sañudo tesón.

El Pirata Negro retrocedió un paso y el madrileño, levantándose, fintó por debajo de la guardia contraria, saltando hacia delante.

La punta de su espada chocó contra el pecho del Pirata Negro, y quebrose por la mitad con ruido seco. Resistió impávido Lezama el choque violento, demostrando la potencia elástica de sus piernas.

La espada de Lucientes había chocado con la arandela de oro que, rematando una cadena del mismo metal precioso, colgaba del cuello del Pirata Negro.

Otra espada — aconsejó lacónicamente Carlos Lezama—. Con lo que queda de ésta no podrías matarme.

Diego Lucientes arrojó rabiosamente al agua su inservible acero. Volvió la cabeza mirando al bergantín.

—¡Kerbrat! ¡Trae la panoplia de mi camarote!

—¿Una panoplia?—sonrió el Pirata Negro, con los brazos cruzados, asomando por bajo su sobaco la empuñadura de su espada—. Te bastará con una sola... porque ya se me han hinchado las narices, amigo, y puesto que tanto deseas la muerte de uno de nosotros dos, voy a complacerte a medias. Tú vas a morir, y que les sirvas de buen yantar a los peces, que la carne de tozudo imbécil nunca reventó a los tiburones.

Sonsoles de Ávila subió a la pasarela. Su mano se aplicó en el antebrazo del madrileño, quien la miró airado.

—Moderad vuestro ímpetu, señor Lucientes—rogó la hija del virrey.

—Idos a vuestra cámara, repámpanos! ¡Os voy a echar al agua si continuáis en este lugar!

El Pirata Negro chasqueó, la lengua contra el paladar, mientras su meñique acariciaba el fino trazo de su bigote. Contempló a la pareja con burlona mueca, que acabó de exasperar a Diego Lucientes.

—¡Tttt! ¡Tttt! Me apenas, estudiante. Eres una caricatura del que yo conocí...

—¡Y tú sigues siendo el odioso poseedor de una sonrisa que pondría calor de homicidio en las venas de Job si te viera acariciarte el bigote como un... gato ante un ratón!

—No eres ratón, madrileño. Antes eras más simpático, aun dentro de tu inconsciencia de tahúr elegante. Siempre bienhumorado, eras un alegre borrachín y un sonriente pendenciero. Ahora pareces un matachín sin talento. ¿Quieres ensartarme? Conserva la calma e inténtalo... pero, mientras, continúa siendo cortés con las damas que merecen tu cortesía.

—Siempre me han hartado tus reprimendas, más propias de un dómine de escuela sin pago que del pirata que eres. Siempre me has hablado como a un mocoso párvulo... y ahora tras meses y meses de seguir tu rumbo, cuando el azar misericordioso me ha permitido tenerte frente a frente, no voy a consentir que una mujer con sus penillas, que me traen sin cuidado, se interponga entre ambos.

—¡Vos empeñasteis vuestra palabra!—exclamó Sonsoles con vehemencia y enérgica actitud—. Olvidasteis antiguas querellas y rencillas por lo que a vos y a mí se refiere... ¿no podéis ahora aplazar ésta?

—La sensatez habla por boca de ella—comentó el Pirata Negro incisivamente—. ¿Conque me has estado persiguiendo meses y meses? Fué sin saberlo yo, Diego Lucientes, que nunca rehusé dar la cara a quien desea vérmela de muy cerca. Por el tiempo que estuviste conmigo, sabes que nunca he faltado a mi palabra. Te pro

meto ahora que no tendrás por qué perseguirme de nuevo. Termina de cumplir aquello a que te comprometiste con esta dama. Que en tu vida de loco inútil cuentes en tu haber con una acción de provecho... y después, cuando hayas satisfecho lo que esta dama recaba de ti, no tendrás que ir en mi busca. Al paso te saldré.

Ankou Kerbrat, portando una panoplia con cuatro espadas entrecruzándose, la tendió hacia su jefe.

Diego Lucientes asió la empuñadura de una de ella, y,

bruscamente, la lanzó contra la cubierta del velero.

Quedóse vibrando, clavada en un panel de escotilla del “Aquilón”. Diego Lucientes señaló el acero que acababa de arrojar violentamente...

—Para que no olvides tu promesa, señor pirata. Si perdí por tu velero el antebrazo que me falta, con el que me queda volveré por tu piel.

El Pirata Negro saludó inclinando el torso.

—Puede pedir vidas ajenas quien, como tú, está dispuesto a jugarse en la petición su propia vida. Hasta pronto, señor Lucientes. Descuida, que ya no tendrás que buscarme. Señora: os deseo buena suerte.

—De un pirata como vos, no acepto tal deseo—rebatió ella orgullosamente—porque si he pedido ayuda al señor Lucientes ha sido contra otros piratas de vuestra laya.

—¡Id a vuestra camareta, señora! No sois vos quién para ofender a este... caballero — reprochó secamente Diego Lucientes, con cierta molestia evidente.

Carlos Lezama rió con alegre carcajada, Colocándose los puños en la cintura, examinó a Sonsoles Ávila.

—Gracias, estudiante, pero ni quiero ni agradezco tu defensa. A esta dama le sobra razón para llamarme pirata, y a mí me sobra razón para indicarle con poca elegancia, pero ella es quien me obliga a hacerlo, que por pirata pude salvarla de una muerte infamante. Y tened en cuenta, señora, que os equivocasteis al compararme a los piratas que están cosquilleando de lejos los cofres de vuestro padre. Porque ellos quizás no logren su propósito, y, en cambio, si a mí me interesaran los cofres de Puerto Rico, míos serían. Y ahora, señor Lucientes, como final de esta charla que tú me impusiste, quiero confesarte que te mataré con pena, porque no sólo te debo mi velero, sino que tú y yo juntos vivimos las horas más trágicas de nuestras existencias. Y ya, cuando quieras, puedes ordenar que desengarfien tus pasarelas. Procura tan sólo una cosa; que tu vinoso pellejo no quede en manos de los piratas contra los que vas a luchar. Me dolería saberte enterrado sin que fuera yo quien te enviase a la tumba. Hasta la vista.

El Pirata Negro dió media vuelta y saltó a la cubierta del “Aquilón”.

Diego Lucientes imitóle en sentido contrario, seguido por Sonsoles Ávila. Los maderos que formaban la triple pasarela, fueron atraídos desde el bergantín.

El madrileño dió orden de izar el anclote. El Pirata Negro, impasible, con los brazos cruzados, fija la mirada en su antiguo lugarteniente, vió empequeñecerse la silueta del manco pelirrojo, junto a la que la figura de Sonsoles Ávila ponía una nota romántica en el bergantín del "Tercio de los Aventureros".

Cuando era aún visible la línea del velero inmóvil en la cala, con todas sus velas al aire, Sonsoles Ávila susurró:

—¿Y si es una añagaza y el pirata ordena abrir fuego a mansalva contra nosotros?

Diego Lucientes, cuyo pensamiento estaba rememorando antiguos pasajes de su existencia en común con su actual enemigo, regresó al momento presente.

Se encaró con la hija del virrey, y sin exhibir su habitual sonrisa de campechana truhanería, silabeó duramente:

—El hecho de que yo quiera matar al caballero Lezama, no os concede a vos el menor derecho a suponerle capaz de alguna acción cobarde, que nunca cometió ni cometerá.

—Pero... ¡vos habéis dicho que él os robó vuestra hija! Vos!...

—Yo a él le digo lo que me apetece, pero no quiero oír nada sobre él de quien no sabe ni entiende más allá de dar órdenes a criados, o suplica favores de imbéciles como yo.

—Pero, ¡él es un pirata y...!

—Oídme, linda damisela, hija del virrey: ¿me creéis, sí o no, hombre galante e incapaz de cerrar una boca femenina de un revés de mano?

—¡Oh! Naturalmente que os considero incapaz de acción tan rufianesca como es el pegar a una mujer.

—Callad entonces, y me evitaréis tal acción rufianesca, no citando para nada al caballero Lezama. Tenedlo por dicho.

Y alejóse a largas zancadas el madrileño hacia el puente de mando.

Sonsoles Ávila, desconcertada, fue a la camareta. Estaba convencida de que en todo aventurero alentaba un germen de locura en incubación...

CAPITULO VII

La horda

A fines de febrero del año de gracia de 1708, el gigantesco Long Ben empezaba a cansarse del ocioso despilfarro en que sus filibusteros iban malgastando los frutos del botín del último saqueo.

Gigantesco y barbudo, ancho y desprovisto de cuello, Long Ben el americano, poseía una cabeza redonda, monstruosa, un poco deprimida en la coronilla, que ocultaba cuidadosamente bajo un largo gorro de lana.

Incapaz de experimentar ningún sentimiento humano, era por esta razón por la que se había unido a otro filibustero americano: Tex Tracy, con el que emprendía de vez en cuando expediciones poco arriesgadas.

Y por aquella tarde de febrero, Long Ben empezó a meditar que se hacía urgente "reponer fondos". Envió a uno de sus dos hombres a que, avisando a Tex Tracy, reuniera a los contramaestres, para que todos juntos acudiesen a su camarote.

Las dos goletas filibusteras anclaron en la desierta playa de la isla solitaria. Los barracones instalados en ella, pertenecían al exclusivo disfrute de las fuerzas filibusteras de Long Ben y Tex Tracy.

La cabina de Long Ben ofrecía un desorden donde, más qué suciedad, se acumulaban repugnantes pruebas de que la limpieza no era un factor importante en el credo filibustero de Long Ben.

Las mesas y el suelo viscoseaban de alcohol resecado y de abominables manchas. Al andar, las botas de Long Ben hacían estallar cascos de botellas y restos podridos de alimentos mal digeridos. Un infecto olor de grasa y vino creaba una atmósfera sofocante, a la que se mezclaba un ácido relente de sudores

humanos.

Poco después, reuníanse doce individuos de facies abyectas, alrededor de la gran mesa central.

Tex Tracy, flaco, de perfil cortante y nariz puntiaguda, se sentaba junto al gigantesco barbudo. Los ojos de Tex Tracy, de un gris sucio, insolente, denotaban su intensa crueldad de malvado instinto libre...

A la usanza filibustera, no se abordó desde un principio el objeto de la discusión que les había reunido. Cada uno hablaba de lo que se le antojaba, en espera de lo esencial en toda charla: el líquido con que remojar las gargantas secas.

Rictus maquinales, risas groseras descubrían dientes verdosos y arrugaban los legañosos párpados por entre los que se filtraban inquietantes miradas que nada tenían de humanas.

Manos deformadas y vellosas golpeaban la mesa para acompasar las palabras, e iba formándose una nube espesa de acre humareda que brotaba de las distintas pipas. Se fumaba y se escupía en proporción...

Y la llegada de un nuevo filibustero, fué acogida con grandes exclamaciones de satisfacción. Long Ben invitaba y Crocdur servía.

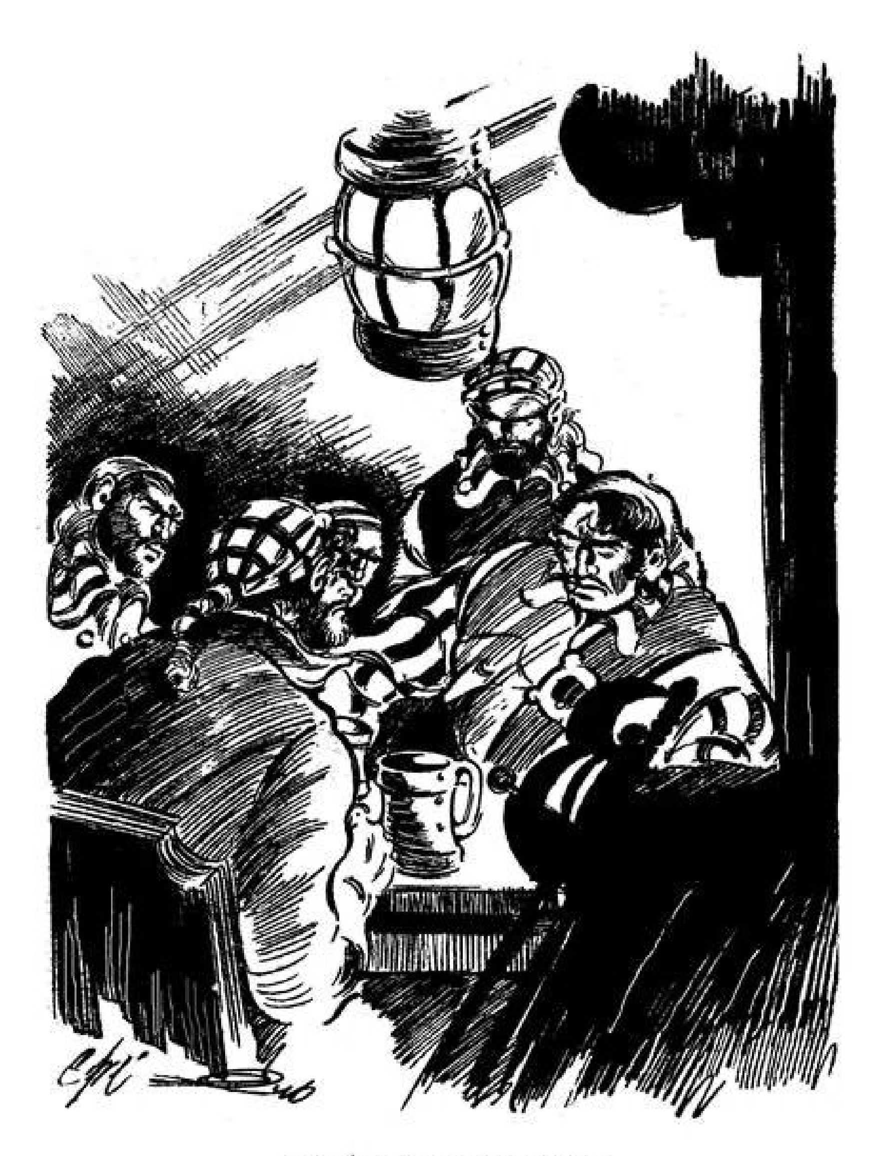
Crocdur, un cojo que se bamboleaba al andar ladeando las espaldas deformes donde sobresalía una puntiaguda joroba, llegaba doblándose bajo el peso de dos grandes cubos repletos de frascos.

Antiguo ranchero evadido de galeras, Crocdur continuaba su oficio en la coleta de Long Ben.

Viejos vinos españoles—dijo depositando sobre la mesa los dos cubos.

Y, sentándose a su vez, rompió un gollete contra el borde de la mesa, bebiendo directamente a chorro, con tan espantosas muecas de voluptuosidad, que habrían producido náuseas al estómago más sólido.

Y empezó la francachela. Los bestiales rostros se animaron; los



Poco después, alrededor de la...

ojos ilumináronse, las voces se elevaron, enronquecidas, y los puños

golpearon la mesa con más fuerza.

A trechos dominaba la risa de Crocdur, una risa que era como un gorgoteo agudo, parecido al rascar de una paleta de albañil contra la piedra.

La risa nada tenía de sincera. Era una especie de súplica que

imploraba la benevolencia de los demás brutos, para quienes el deforme, ranchero servía de diversión.

La linterna, suspendida encima de las cabezas, vertía una luz desigual, debilitada por el humo del tabaco de hojas, y su balanceo desplazaba sombras que matizaban los rasgos bestiales con expresiones dantescas.

Las risas semejaban agrias muecas infernales y aquella docena de hombres adquirían semblantes con grandes parecidos a los de la fauna selvática.

Long Ben, juzgó, por fin, que había llegado el momento de iniciar la discusión por cuyo motivo había reunido a los cabecillas de las fuerzas filibusteras.

Dió un puñetazo en la mesa, llamando la atención. Los frascos vacíos entrechocaron entre sí...

—Llevo siete días meditando, camaradas — anunció majestuosamente mientras se hurgaba la poblada barba con sus dedos morcillados—. Las cosas se han puesto malas, y necesitamos dar un golpe sonado, ir por oro, donde lo haya y sea fácil atraparlo.

Aquella manifestación desencadenó una serie de complacidos comentarios, reforzados por juramentos demostrativos de una gran inventiva.

—He meditado mucho—siguió diciendo Long Ben como pidiendo más muda admiración por aquel esfuerzo agotador—, y he llegado a una conclusión: no podemos ya atacar como antaño, porque hay demasiada vigilancia.

Los ausentes representantes de la vigilancia citada, fueron objeto de pavorosas amenazas de muertes originalísimas..

Tex Tracy golpeó la mesa con el fondo del frasco que empuñaba. Como segundo jefe y capitán de la otra goleta, necesitaba exponer también su propio punto de vista.

—Cuanto dice el camarada Long Ben es cierto ¡mal rayo nos parta! El porvenir está cubierto de calma chicha, y aquí nos pudriremos, si no damos pronto un golpe sonado. Habla, Long Ben.

—Cuanto dice el camarada Tex Tracy es cierto, ¡malos dengues coman a quien lo niegue!—manifestó ceñudo Long Ben—. Es preciso que demos un golpe sonado.

Todos estuvieron de acuerdo en manifestar su aprobación por el tan repetido “golpe sonado”. Y empezaron las sugerencias:

—¿Los colonos de Boston?

—Un abordaje al correo oriental..

—Las capillas de California...

—Incendiar el campamento minero de Harlem...

Long Ben rió conmiserativamente. Aplicó un sonoro puñetazo en la joroba de Crocdur, que gimió dolorido.

—¿Véis este mostrenco contrahecho? ¿Lo eligiriáis para pasar una noche de orgía?

Crocdur recibió varios salivazos para demostrar que era la antítesis de una buena compañía para una noche de orgía.

Long Ben siguió hablando doctoralmente.

—Pues lo mismo es el proponer cuanto acabáis de sugerir: ir por hierba, cuando podemos nadar en oro. Para eso he meditado.

Tex Tracy palmoteó cariñosamente el ancho hombro del barbudo.

—¡Este Long Ben es una joya—admitió sin envidia—. Habla pronto, camarada y no nos tengas ansiosos...

—He enviado un espía en un lanchón para que recogiera informes. Hace tiempo que meditaba en ello. Zarpando esta noche y atacando tan pronto como lleguemos, o sea, dentro de cuatro días, tenemos las de ganar porque mi espía se ha informado de que la guarnición está reducida a la mitad y el galeón de relevos y refuerzos no llegará hasta dentro de un mes. Y hay cofres reventando de oro...

—¿Dónde?, ¡mal rayo nos parta!

—¡Dilo ya, Long Ben!...

—¿Qué guarnición?..

Long Ben abrió los brazos e impuro silencio.

—Hablo de la ciudad-puerto de Rico.

—¿Puerto Rico?

—¿Españoles?

—Son muchos soldados y no se rinden.

—Matan... y pelean como salvajes.

El auditorio se había enfriado. La mención de saqueos, incendios, pillajes en poblados indefensos donde pudieran entrar en la proporción de a diez contra uno, les encantaba y encendía en ellos furores bélicos, con gran derroche de armamento. Pero el atacar un puerto defendido por una guarnición de soldados

combativos, no les entusiasmaba.

Long Ben hizo oscilar la linterna al propinar en el suelo un taconazo airado.

—Entre nuestras dos goletas, ¿cuántos cañones y cuántos hombres reunimos en conjunto?

—Sesenta cañones y cuatrocientos camaradas—expuso Tex Tracy—. Y en Puerto Rico, ¿cuánto cañones y cuantos hombres hay?

—Tienen más cañones pero son piezas fijas y quedan anuladas por la movilidad de nuestras goletas. Y en cuanto a hombres, tan sólo sumarán dos centenares los que pueden combatir. Escuchadme, camaradas: hay mucho oro, mucho. Nos bastará dar ese golpe sonado, y ya podremos descansar años y años. Hasta el que quiera podrá elegir mujer, que en el puerto hay mujeres y son bonitas.

—Dejemos para después eso de las mujeres—comentó Tex Tracy—. Ahora lo que interesa, es que nos expliques cuál es tu plan de ataque. ¿No es verdad, camaradas?

Todos aprobaron ruidosamente. Long Ben hurgó entre su piel y su faja. Sacó un tosco pergamino sucio y mugriento, que extendió sobre la mesa con parsimoniosos ademanes.

Apoyó en los trazos dibujados en tinta roja, obtenida con polvo arcilloso, un índice que semejaba una salchicha.

—Id estudiando los contornos — aconsejó como el científico que se dispone a dar una conferencia.

Las cabezas se apiñaron encima del tosco plano.

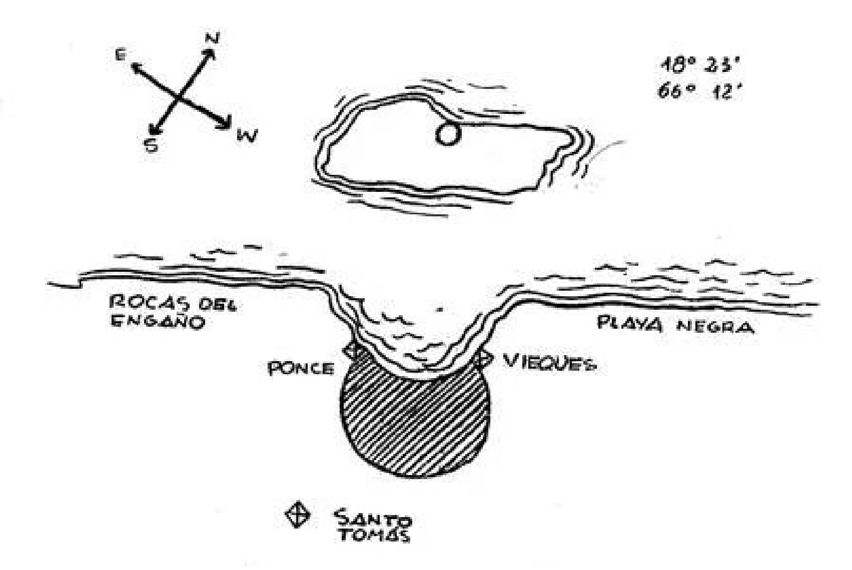
—Lo que véis arriba, es la isla. El círculo es el puerto, el único lugar habitado. Y abajo véis con toda claridad la bahía.

—La vemos como si en ella mojasen ya los cascos de nuestras goletas—aprobó Tex Tracy.

—La bahía está artillaba con algunas piezas en la fortaleza d Vieques, que está, como véis, al extremo este de la ciudad y lindante con la Playa Negra.

—¿Por qué la llaman la Playa Negra?—inquirió Tel Tracy para dar a entender que estaba en todos los de talles.

—Porque hay hierbajos negruzcos— aclaró Long Ben— que la resaca moja haciéndolos desteñir en la arena. Al extremo oeste y al otro lado de la ciudad está la fortaleza de Ponce, con unas quince piezas de pequeño calibre.



—¿Cuántos hombres hay en cada fortaleza?

—Cuarenta en la de Ponce; treinta en la de Vieques.

—Pan comido—gruñó uno de los oyentes; y argumentó su confianza, añadiendo: —Somos cuatrocientos camaradas...

Tex Tracy golpeó con el pulgar el cuadrito señalado en el plano con la palabra Santo Tomás.

—Aquí, ¿qué hay?

—Una loma que domina todos los alrededores. Allí están las piezas de grueso calibre. Veinte son y servidas por medio centenar de artilleros. Y ahí están, también, de guarnición, unos cincuenta infantes de reserva y ataque. Los tienen para evitar desembarcos por la espalda, intentando cruzar la zona sur que es lisa como la palma de mi mano.

Tex Tracy mostró su frente arrugada en múltiples contracciones. Golpeó, primero con ella y después fué contándose los dedos de la mano izquierda...

—Cuarenta españoles en Ponce; treinta en Vieques y un centenar en Santo Tomás, hacen cerca de los doscientos españoles.

—¡La mitad que nosotros!—asintió complacido uno de los filibusteros. Pero de pronto lanzó varias blasfemias seguidas y, al calmarse, expresó el motivo de su disgusto: —Pero quedan los de la ciudad que, aunque no sean hombres de pelea, darán guerra...

—No pasan del medio centenar de burgueses y mercaderes—

rezongó desdeñoso Long Ben—. Y otras tantas mujeres chillonas e inútiles, que sólo sirven para darles miedo a los hombres que intenten defenderlas.

Varias risotadas dieron la razón a Long Ben, que, seguro ya de la aprobación con que era escuchado, prosiguió:

—Ahora pensad en lo bueno que os voy a explicar. Cada año, un galeón pasa a recoger el oro que de las minas de las demás islas reciben en Puerto Rico, y que allí acuñan en monedas y troquelan en joyas. Y hace once meses que van acumulando oro y más oro, piedras preciosas y montones de plata…

El entusiasmo volvió a renacer con calurosos comentarios de enérgica contundencia.

Sonaron vivas en honor y loa del talento de Long Ben, y éste gruñó para imponer silencio. Tex Tracy quiso demostrar que él también tenía talento.

—¿Por qué no aguardamos un mes más y atacamos el galeón que estará con las calas repletas?

—Es un galeón con cien piezas y navega junto con varios barcos de protección. Ya lo había pensado también, Tex, pero no podíamos seguir este plan. En cambio, atacando y sitiando a Puerto Pico, todo será nuestro, porque he meditado—y recalcó la última palabra—, he meditado un plan de ataque que no puede fallar y que nos permitirá aplastar a los españoles.

Su índice recorrió en el pergamino e1 espacio en blanco que había entre el trazo designado con el nombre de Rocas del Engaño y el emplazamiento de la fortaleza de Santo Tomás.

—Desde la playa oeste hasta la loma, hay un espeso bosque. Y por aquí avanzarán cien camaradas tuyos y cien míos, Tex.

El aludido imitó el gesto del índice de Long Ben, haciendo el mismo recorrido sobre el plano con su pulgar. Dejó un surco grasiento y preguntó con recelo:

—¿Por qué llaman a la playa del oeste las Rocas del Engaño? Me huele a trampa sucia.

—Las llaman así porque se levantan junto a unas aguas tranquilas, pero muy hondas y llenas de tiburones. Las rocas impiden ver la ciudad y, por tanto, tampoco desde ahí nos verán cuando, anochecido, desembarquemos la mitad de nuestras dos tripulaciones.

—¿Para qué desembarcar? Cañoneando desde el mar y en movimiento, estaremos mejor—dijo Tex Tracy rascándose la puntiaguda nariz.

Long Ben agitó las dos manos con despreciativa furia.

—Suerte tenéis de que yo sea un “astrotega”—aclaró con suficiencia—. Por algo luché con los mejores de los bucaneros y aprendí mucho.

—Cierto que dices verdad—intervino Crocdur adulón—. En las galeras ya oí hablar de ti, y decían que eras el mejor filibustero con talento que pisaba barco…

—¡Tú te callas cuando los jefes meditan!—reprendió Tex Tracy dando un recio manotazo en el pecho del contrahecho—. Habla, Long Ben. Si eres un “astrotega” nos vas a aclarar qué es eso. No debes tener secretos para tus camaradas.

—El “astrotega” es el que sabe cómo atacar sacando el mayor provecho del terreno y buscando el menor riesgo. Os voy a demostrar cómo se hace para vencer matando a muchos y muriendo pocos.

Long Ben aguardó a que se apaciguara el coro de admirativas imprecaciones que entrecruzaron sus oyentes.

—Escuchadme con todos vuestros sentidos, camaradas. Si atacamos desde el mar a Puerto Rico, no nos pasará como en nuestras otras empresas, en que por ser pocas las fuerzas defensoras, se rendían a nuestros primeros cañoneos. Si invadiésemos la ciudad, siempre quedarían las tres fortalezas que nos cañonearían, hostigándonos y molestándonos el desembarco. Nuestra unión es la que hace nuestra fuerza. Volved la frase al revés y veréis cómo, dividiendo a los otros, los debilitamos y serán pronto pasto de cuervos y tiburones, y sus cofres se amontonarán en nuestras calas. El fuerte de Santo Tomás es la base de la defensa de la ciudad. Con sus piezas de largo alcance, cubre la superficie del mar, por la que se llega a la bahía, y sus hombres sirven para reforzar cualquiera de las otras dos fortalezas si flaquean o son vencidas. Ahora comprenderéis que mi plan es genial y que podemos ya considerar nuestro el botín.

Pegó dos sonoras palmadas en el plano extendido sobre la mesa.

—Forzad los caletres, camaradas. Intentad meditar, aunque éste sea un esfuerzo propio de jefes como yo nada más. Imaginaos que

ya estamos dando frente a las Rocas de los Engaños. Es de noche y ahora, que entra el cuarto menguante en su apogeo, desembarcaremos sin ser vistos. Doscientos camaradas avanzarán por «el bosque hasta tomar posiciones alrededor de la loma de Santo Tomás. Yo, con cincuenta de mis hombres, quedo en la playa Este, a la que bajaremos veinte culebrinas. Tú, Tex, con cincuenta de los tuyos, acamparás en la Playa Negra con otras veinte culebrinas de tu goleta.

—¿Y las goletas? — preguntó Tex Tracy.

—Quedarán en ellas nuestros segundos y los artilleros de las diez piensas restantes.

—¡Malas fiebres me sacudan el esqueleto!—vociferó Tex Tracy —. ¿No decías que la unión hace la fuerza? Pues tú lo que buscas es debilitarnos, ¡maldita sea la peste leprosa! Unos acá, los otros allá...

—¡Cierra la boca, Tex Tracy!—reprendió Long Ben amenazador —. Estoy hablando como "astrotega" y tú no te das cuenta. Si a un enemigo le pegas siempre en la jeta, le dejas los brazos libres y puede devolverte los golpes. ¡Y todo mi plan consiste en pegar en tantos sitios a la vez que no podrán defenderse a gusto! Y los aniquilaremos...

Reinó un instante de silencio. Al fin, uno de los filibusteros cabeceó lentamente.

—¡Eso es!—gritó repentinamente—. Si atacásemos de frente nos dispararían encima las tres fortalezas a la vez. Pero así, repartidos, les vamos a dar un faenón trabajoso, y se volverán locos no sabiendo a qué brecha acudir para taponar nuestra entrada. Eres listo, Long Ben.

—Lo soy.

—Lo eres — admitió Tex Tracy—. Pero ¿y qué harán las goletas?

—Las goletas abrirán fuego cuando ya estemos todos instalados en nuestros puestos. Y atraerán la réplica de las fortalezas. Y entonces todos nosotros a una, desencadenaremos desde nuestros lugares el ataque conjunto. Y, ¡voto a la muerte por degollación! Tendremos oro para mil años de vida que vivamos.

El plan de ataque "meditado" por Long Ben quedó aprobado unánimemente, y Tex Tracy añadió algunos pormenores para acreditar que también él era un jefe que, si no igualaba a Long Ben, le rozaba.

Finalizaba febrero cuando al filo de las cuatro de la madrugada, la escasa población civil de Puerto Rico despertó sobresaltada...

En el mar, dando frente a la bahía, divisábanse las llamaradas que, iluminando a dos lejanas goletas, precedían al estallido de los cañonazos que abrían hoyos en los muros de las casas...

Las fortalezas playeras replicaron, tal como había previsto lógicamente Long Ben.

Un círculo de llameantes proyectiles planeó repentinamente por los aires encendiendo rojizos reflejos en las dos fortalezas de Vieques y Ponce.

Las culebrinas desembarcadas estaban vomitando metralla a escasa distancia de los reductos defensores.

En la loma de Santo Tomás, un infierno de explosiones y mosquetería formaba una sinfonía ruidosa, señalando que el ataque por sorpresa de los filibusteros americanos ponía en grave situación a la ciudad de Puerto Rico...

Por dos veces fueron rechazados los intentos de asalto a las tres fortalezas, donde los primeros cañonazos inesperados habían abierto anchas breabas.

Pero las reducidas guarniciones defendíanse con una bravura temeraria y sin igual, y al amanecer, tras cavar rápidamente hondas zanjas, las fuerzas filibusteras hostigaban con espaciado cañoneo las tres fortalezas, sitiándolas en cerco infranqueable.

Las dos goletas reaparecían de vez en cuando en el horizonte lanzando metralla contra las casas de la ciudad...

El combate decisivo desarrollábase en la loma de Santo Tomás, clave de la defensa. Pero los intentos de asalto del enemigo, numéricamente superior en efectivo, se estrellaban contra la valerosa y tenaz resistencia de los españoles que, si bien inferiores en número, sabían cubrir las brechas con arrollador ímpetu, guareciéndose oportunamente tras los gruesos muros artillados.

Una breve incursión de unos filibusteros impacientes hacia la ciudad, ávidos de botín y saqueo, demostró a los restantes que para entrar en ella era ineludible y forzoso aplastar primero la resistencia de las tres fortalezas que, cruzando sus fuegos de mosquetería, abatieron heridos de muerte a los asaltantes que pretendían irrumpir en la zona edificada e inerme.

Todos los filibusteros admitieron el doble consejo de Long Ben y

Tex Tracy, de que agazapados en las zanjas y cañoneando desde cuatro emplazamientos distintos, el vencer al sitiado Puerto Rico era sólo cuestión de varios días.

Por las noches, sin luna, lanchas procedentes de las goletas, iban suministrando víveres, municiones y barriles de pólvora y vino a los que mantenían apretadamente el cerco.

Tex Tracy visitaba a Long Ben y ambos, amparados por el boscaje y la obscuridad, iban hasta los sitiadores de la loma. Y confiadamente, repetían hasta la saciedad que pronto el evocador Puerto Rico estaría reducido a escombros, y no quedaría un solo español para poderlo contar.

CAPITULO VIII

Acuerdos laboriosos

El primer virrey de Puerto Rico había ordenado la construcción de una obra en cuyo remate se emplearon muchos años, pero que mereció los elogios de los subsiguientes jefes militares que fueron relevándose en la guarnición de las tres fortalezas.

Unos pasadizos subterráneos reunían entre sí las tres fortalezas, las cuales comunicaban por bajo tierra con el amurallado edificio del Virreinato, pasadizos previstos para que, en caso de ataque, pudieran mantener una estrecha relación las tres guarniciones y el mando representado por la persona del virrey.

En la presente ocasión, Genaro del Aguilar, virrey de Puerto Rico, demostró que, si bien era soberbio y tenía un carácter despótico y colérico, también poseía serenas dotes de mando y valentía.

Al decrecer el ataque en las primeras horas del amanecer, demostró a su esposa y a su hija que, yendo en busca de ayuda a las vecinas islas, prestarían a la ciudad sitiada una más eficaz aportación que quedándose a llorar.

Por una derivación de los pasadizos que conducía a las fortalezas, marcháronse ambas mujeres desapercibidas hasta salir en la gruta que se abría a una cala entre altos acantilados, donde un velero de poco tonelaje disponíase a zarpar por orden del virrey, llevando como únicas pasajeras a las dos aristócratas.

El regreso de su esposa, desobedeciendo su imposición, encolerizó a Genaro del Aguilar, que sólo se aplacó ante el juicioso razonamiento de que, como representante del virrey, bastaba con Sonsoles Ávila, y que el deber de la esposa del virrey era permanecer junto a las demás mujeres españolas.

Genaro del Aguilar, reclamado por continuas disposiciones que tomar con respecto a la defensa encarnizada, siguió visitando alternativamente los tres puntos vitales de la resistencia.

En la fortaleza de Vieques, junto a la Playa Negra, una pesada barcaza cuyas bordas estaban profusamente escotilladas, quedaba anclada y desierta de toda la tripulación. Era la galera que impulsada a fuerza de remos por presidiarios procedentes de las otras colonias españolas efectuaba el enlace-correo entre las islas que dependían del virreinato de Puerto Pico.

En el interior de la fortaleza, en el sótano, amarrados a los muros por la cadena de los grilletes que les sujetaban fuertemente los tobillos y las muñecas, cincuenta forzados aguardaban ansiosos los acontecimientos.

Si vencían los filibusteros, iban a verse libres y, uniéndose a ellos, podrían reanudar sus carreras criminales.

—Al estallar el primer cañonazo —explicó el capitán jefe de la guarnición de Vieques—mandé que los forzados fueran traídos aquí, excelencia.

—Hicisteis bien — aprobó Genaro del Aguilar—. Dejarlos en la galera hubiera supuesto la posibilidad de que los filibusteros les dieran libertad para sumarlos a sus fuerzas.

Por espacio de varios días, Genaro del Aguilar mantuvo la misma consigna: “Sostenerse en los puestos sin salir al ataque”...

Los muros de las casas de la ciudad iban cayendo abatidos por los disparos de las dos goletas filibusteras.

La población civil que, por su sexo o edad, no podía reforzar las guarniciones se congregaba en la mansión del virrey.

Long Ben y Tex Tracy, encorajinados por la tenaz defensa, sentíanse como todos los restantes filibusteros, acuciados por un doble deseo vehemente:

El primero y origen de la incursión, saquear la ciudad dejándola arrasada; y el segundo deseo que había brotado imperativo tras la larga semana de asedio, era pasar a cuchillo a los supervivientes españoles que no contestaban más que a pistoletazos a las exigencias de rendirse que se les hacía a pulmón en grito.

A la octava noche de la partida de Sonsoles Ávila, el virrey, con visibles huellas de cansancio en el rostro y bajo los efectos de los primeros síntomas de desaliento viendo cercana la hora en que los

filibusteros iban a conseguir su propósito, cenaba frugalmente en el salón-comedor, acompañado de su esposa.

La aparición de Sonsoles Ávila, que entró corriendo, soliviantó de alegría a Olalla Ávila. Madre e hija fundiéronse en estrecho abrazo. El virrey aceptó impaciente el beso de su hija, para exigir con seca brusquedad:

—¿Qué nuevas traes? ¿Dónde están los refuerzos? Habla..., habla...

Sonsoles vaciló indecisa antes de exponer la extraña clase de ayuda que aportaba.

—Los refuerzos, padre, son doscientos hombres y un bergantín artillado con treinta piezas. Esperan en la cala de San Vicente.

—¿Por qué no ha venido ya su capitán a ponerse a mis órdenes? Todo español debe acatar mi autoridad, y más que tu presencia, la que necesito es la del capitán que viene al frente de los refuerzos.

—Es... español, padre, pero no acata el poder del Rey. Es dueño de un bergantín y navega libremente mandando en una tripulación de doscientos mercenarios, en su mayoría franceses.

Genaro del Aguilar frunció las cejas ostentando en el rostro una expresión desdeñosa.

—¿Un aventurero?—preguntó con ceñuda euforia.

Ella asintió mudamente.

—¿No le aseguraste que su precio no le sería regateado? Se le pagará lo que pida. Voy a enviarle un mensajero con la orden de que inmediatamente se presente ante mí.

—No lo hagáis, padre—suplicó Sonsoles; y ante la manifiesta extrañeza que demostraba el virrey, aclaró precipitadamente: —Es un hombre al que vos y yo agraviamos antaño. Se ha portado caballerosamente conmigo, pero en él sigue latente un rencor. Cualquier palabra que vos dijerais, y que él interpreta se mal, nos dejaría sin su ayuda.

—Pero si es español, tiene que reconocer mi autoridad y, por tanto, acudir a rendirme pleitesía.

—Dijo... que os aguardaba a su bordo, y que el único Virrey que reconoce es... no me atrevo a repetirlo.

—Habla.

—Que el único virrey que reconoce es su panza.

El disgusto ante tal vulgaridad se hizo patente en el semblante

adusto del virrey, pero Genaro del Aguilar era hombre de prontas decisiones.

Cogió el pequeño bastón de oro, insignia emblemática de su autoridad, y cubrióse la blanca peluca con el tricornio.

Levantóse y fué a ceñir su espada.

—Acompaña donde espera este hombre. Por virrey, no debería yo humillarme en ir al encuentro de un aventurero soez, pero por lo que defiendo y represento, estoy presto a pasar por todo y transigir. Doscientos hombres y un bergantín artillado son mucho más de lo que es preciso para no dejar con vida a uno solo de esos canallas piratas.

En el pasadizo y más envalentonada por la penumbra, Sonsoles explicó, con voz temblorosa:

—El capitán del bergantín es un ex corsario y se llama Diego Lucientes. Es madrileño.

—¡Ah! Entonces, además de en busca de una buena recompensa en oro, vendrá impulsado por cierto sentir patriótico.

—No—denegó ella apresuradamente—. Dice que él es su propio rey y que España se las componga como pueda y quiera...

—No te entiendo. Considero incapaz a un español de no atender a la voz de la Patria cuando ésta se halla en peligro.

—No sé cómo explicaros el especial carácter de Diego Lucientes. Si acudí a él, fué porque no hallé otro recurso para facilitar ayuda a nuestra guarnición, y...

—Ya se explicará él, hija mía. Tú has cumplido con tu deber, y yo te lo agradezco en nombre del Rey.

Tras media hora de marcha, percibieron al extremo final del pasadizo una zona rectangular de menor penumbra.

Y al salir a la gruta donde oíase cercana y distinta la canción del mar, el marqués, divisando la mole del bergantín anclado entre los acantilados, dirigióse a la lancha que esperaba y cuya posición más que descubrirse, se adivinaba por la vacilante y rojiza luz de un farol, envuelto en trapos para1 amortiguar sus resplandores.

* * *

Diego Lucientes, en pie, quitóse el tricornio cuando el virrey se descubrió al entrar en la camareta del bergantín.

El silencio prolongado con que ambos hombres se contemplaban, ceñudo el virrey, sonriente el aventurero, inquietó el

ánimo de Sonsoles de Ávila.

—Os saludo, capitán Lucientes—dijo, por fin, Genaro del Aguilar —. Creo haberos encontrado en otra ocasión antes de ahora. Creo también, según me ha dicho mi hija, que antaño os agravié. No lo recuerdo ni os recuerdo con exactitud, aunque repito que vuestro semblante no me es desconocido. ¿Puedo solicitar vuestras aclaraciones?

Diego Lucientes, al ver que el virrey se sentaba, cubrióse, sentándose al otro lado de la mesa.

Seguía sonriendo con expresión sinceramente regocijada.

—Un día fui a vuestro palacio, señor marqués del Aguilar. No; no era una invitación a compartir un suculento ágape. Fui arrastrado por vuestros lacayos para recibir una tanda de estacazos en los lomos.

El virrey pestañeó, mirando al que le hablaba con tranquila entonación zumbona. Empezaba a recordar...

Miró severamente a su hija, que estaba en pie a su lado.

—Os dije, padre-balbuceó ella—, que no pude...

—Está hablando este caballero— atajó secamente el virrey.

—Mudanzas de la suerte. En vuestro palacio fui un borrico de poetastro vapuleado por la solfa de lacayos. Ahora, en cambio, os parezco un caballero... y, sin embargo, continúo siendo Diego Lucientes y, aunque más anchos, mis lomos son los de siempre. ¿O es que donde antes repicaron lacayos, hoy tocáis vos con esta varita mágica que lleváis en la diestra, y quedo armado caballero como en la venta de La Mancha?

—Espero que no habréis venido con la intención de burlaros de mí—rebatió el virrey con severo talante—. Represento a Bey.

—El Rey no me conoce y yo nunca pienso invitarle a que se sople en mi compañía un litro de Valdepeñas.

Genaro del Aguilar volvió a mirar con colérico reproche a su hija. Ésta intentó explicarse:

—No pude hallar otra solución, padre.

—La hija del virrey sólo me tenía a mí a mano, señor. Y aunque sea manco y rencorosillo, ella confió en mi locura.

Genaro del Aguilar hizo un esfuerzo sobre sí mismo.

—Me apremia vuestra ayuda, caballero. No puedo daros excusas por lo que antaño sucedió, ya que nada borrarían.

—Bien hablado—admitió sinceramente el madrileño—. No he venido por vuestras excusas… ¿Recordáis la segunda ocasión en que tuvisteis el saludable honor de volver a verme?

—Acompañabais a un insolente pirata español…

—…que tuvo a bien salvar vuestra vida, que ni a él ni a mí nos importaba un pepino. Si lo hizo, fué porque su intención era tan sólo la de salvar de muerte infamante a vuestra esposa y a vuestra hija. Y si hoy sois virrey, se lo debéis al caballero don Carlos Lezama.

—¿Queréis decirme en qué precio fijáis vuestro providencial auxilio?

—Tuve el grato honor de exponer a vuestra hija que no me vendo, señor. Hago fullerías con el naipe, compongo poesías, aunque me guardaré bies de mandarlas a hijas de marqueses, y hace dos años habría cantado, si hubiera sido preciso, para obtener con qué mercar mi diaria ración de veintinueve copas de rascatripas. ¿Arrugáis la nariz, señor virrey? Os expongo estas vulgaridades para hacer resaltar que quien fué bohemio vagabundo poco aprecio tiene al dinero, aunque hoy le sobre la plata. No he venido, pues, para pediros que aligeréis vuestros cofres, que, por mí, pueden seguir reventando de monedas y emblemas de marquesado.

Recelosamente, con repentina sospecha, Genaro del Aguilar miró alternativamente a su hija y al manco pelirrojo.

Diego Lucientes rió con suave zumba, guiñando maliciosamente hacia Sonsoles Ávila, que erguida la cabeza, no pudo impedir el sonrojarse.

—Cierto que vuestra hija es más bella para un poeta sin escarmiento, que todos vuestros cofres fríos. Pero también tuve el honor de exponer a ella que no puedo aspirar a su linda mano porque la considero lejísimos de mi alcance. Tan lejos como la luna… aunque si estoy aquí, dadle las gracias a la luna. Que ella os pida pago.

Genaro del Aguilar crispó la mano alrededor del mango de su bastón de mando.

—Os repito que si he venido a humillarme como virrey, como hombre no puedo tolerar la mofa que alienta en vuestras palabras. ¿Por qué citáis ahora al astro nocturno?

—Para vos la luna es tan sólo un astro nocturno. Para mí, es la

mejor amiga, aunque la pobrecita tiene, como yo, los cascos reblandecidos. Si vos os humilláis por virrey, yo me humillo por hombre libre al ofrecer ayuda a quien me dió palos, y si como hombre no soportáis burlas tampoco yo las doy cuando no busco pelea. Abreviemos, señor. Vuestra hija me invitó a atravesar ciertas toperas por las que al parecer se llega sin riesgo a vuestra presencia. Pero ir a vuestro encuentro hubiera sido ya un exceso de benévola condescendencia por mi parte. Si lacayos me llevaron por vez primera ante vos, justo era que vos os presentarais ante mí voluntariamente, porque yo no gasto lacayos.

—Las circunstancias me obligan a ello. Que por virrey yo...

—Aquí no hay virrey ni Rey. Estamos tan sólo: vos con prisas para sacudiros de encima los pulgones filibusteros, y yo con prisa por irme, porque tengo que acudir a una cita que no admite mucha espera.

Genaro del Aguilar nunca habíase visto en semejante tesitura, pero, dominando su habitual temperamento, habló con seca precisión:

—Yo siempre cumplo aquello a que me comprometo, caballero. Debo, pues, antes que nada, saber en qué consiste lo que solicitáis por vuestra aportación, ya que no entiendo vuestras razones.

—Vos voláis a ras de tierra y yo ando con la sesera entre las nubes. Por eso os resulta difícil entender mi lenguaje. Cuando navegaba hacia acá, tentaciones tuve de pediros como recompensa satisfactoria el contemplar desnudas vuestras espaldas, que supongo rollizas, mientras mi lugarteniente os atizara sabrosos estacazos con el mango del látigo... No os alborotéis... También pensaba daros una espada... después. Pero intervino de nuevo mi amiga, la luna. Admitidme una máxima, excelentísimo señor marqués don Genaro del Aguilar y otras hierbas: si por cuna sois nobilísimo de nombre, yo, por acciones, soy noble de vez en cuando y por capricho. Os ayudaré a exterminar los parásitos que asolan Puerto Rico, y después olvidaos de mí como yo pienso olvidarme de vos. Zarparé hacia mi cita.

Genaro del Aguilar saludó inclinando el busto.

—Admito como exacta vuestra máxima, señor capitán Lucientes. Y si vos me admitís un favorable auspicio, os deseo que en vuestra cita halléis la ventura que os propongáis. Si son amores, feliz boda;

si son negocios, próspero resultado.

—Gracias por vuestros fraternales votos—dijo Lucientes con indolente cabezada—. Ni amores ni negocios. Tengo que ir a ver si consigo matar al que os dió vida salva en la ciudadela pirata de la Fraternidad.

Renunció el virrey a manifestar con palabras la sacudida de asombro que encogió sus hombros.

—Volemos a ras de tierra, ¿queréis? —dijo con adusta sonrisa—. Os expondré la situación de mis fuerzas y la de las hordas atacantes. Como por virrey nada puedo exigir ni ordenar a quien como vos… me presta ayuda libremente y sin recompensa, vos diréis qué medio se os ocurre sugerirme para facilitar la tarea de exterminar a esos piratas americanos.

Cuando hubo oído la detallada exposición del virrey, Diego Lucientes dió su opinión:

—Paréceme fácil lo que me toca hacer, señor. Las castañas las sacarán del fuego vuestros soldados, que para eso lo son. Yo me limitaré a soplar.

—¿Queréis extremar vuestra caballerosa gentileza hasta permitirme que os comprenda?

—Con mi lugarteniente al mando de ciento cincuenta de mis hombres, podéis reforzar vuestras fortalezas. Los soldados podrán pasar de la defensa, al ataque, ya que las tres guarniciones serán defendidas por los míos. Yo, con el bergantín y los cincuenta artilleros, iré a la caza de las dos goletas que, desguarnecidas en piezas y hombres, están casi inermes. Sólo me queda saber a qué hora pensáis poner en marcha la sorpresa que les espera a esos muchachos que os importunan.

Genaro del Aguilar levantóse.

—Para ultimarlo a la perfección, estimo que mañana al anochecer puede desencadenarse nuestra ofensiva.

—Como digáis. Ya me enviaréis vuestro mensajero con instrucciones escritas, a las que me atendré si no modifican en substancia lo que os he expuesto.

Genaro del Aguilar avanzó un paso tendiendo la diestra.

Diego Lucientes miró la mano ofrecida, y sacudió sonriente la cabeza, colocando ostensiblemente su única mano tras su espalda.

—La luna no me dijo que os estrechara la mano, señor del

Aguilar. ¿No oís su voz que dice: “Hasta aquí podíamos llegar, pero no más”? Hay sacrificios tan cruentos, que no pueden soportarse. Lo es, por ejemplo, el estrechar vuestra mano.

Sonsoles Ávila enlazó su brazo al de su padre, presionando intencionadamente.

Genaro del Aguilar volvió a recuperar su color normal. Inclinóse con severa rigidez:

—Os quedo agradecido en el nombre del rey de España, caballero.

—Se lo diré a la luna... pero no creo que eso le haga efecto. Como yo, vive en las nubes.

Genaro del Aguilar abandonó la camareta acompañado de su hija. Una vez que estuvo a solas, Diego Lucientes rió con sorna.

—¡Toma vinagre, virrey! — musitó alegremente—. Quizás el desprecio a tu linda diestra te ha escocido más que a mí los palos que un día me hiciste dar.

* * *

“Piernas Largas” cuando ya la silueta del bergantín hubo desaparecido rumbo al oeste, aguardó las órdenes, ya que por estar “Cien Chirlos” al cuidado de Gaby y Carlos, él desempeñaba momentáneamente el cargo de segundo de a bordo.

—Que no se pierda la estela del bergantín, andaluz—advirtió el Pirata Negro—. Pero no deben vernos desde sus cofas. Quiero evitar que el señor Lucientes se impaciente por volver a enfrentarse conmigo.

Cuando el bergantín se inmovilizó por 1a noche entre dos acantilados de la isla portorriqueña y en su zona oriental, el “Aquilón” acogióse al amparo de una caleta vecina.

Y al amanecer, ocultos por el ramaje de una arboleda que coronaba una de las lomas de la caleta, el Pirata Negro cogió de manos de “Cien Chirlos” el largavista que enfocó hacia el puerto sitiado.

Las nubecillas blancas de los respectivos disparos intercambiados entre sitiados y cercadores fueron orientándole sobre la situación.

—Tres cercos anillados y dos goletas repiqueteando desde el mar — comentó en alta voz—. Me temo que el señor Lucientes va a encontrarse con una tarea superior a su experiencia. Sería lástima

que lo matasen, ¿no te parece, guapetón?

—Si tú lo dices, señor, lástima será, pues, que lo maten.

—Sería lástima porque, en cierto modo, su vida me pertenece. ¿Ves el bosque a babor de la ciudad? Podríamos atravesarlo y visitar a nuestros cofrades los filibusteros. Quiero proponerles un acuerdo.

"Cien Chirlos" tenía la inveterada costumbre de conceder aplastante fuerza de oráculo a cuanto dijera "él".

Asintió, pues, con recios cabezazos.

—Sí llegásemos a ponernos de acuerdo, como creo, daríamos una sorpresa a esa banda de filibusteros que se suponen valientes y talentudos porque suman el triple de aquellos a los que atacan. Los vamos a desollar.

"Cien Chirlos" cabeceó con redoblado vigor.

La palabra "desollar" le sonó a encantadora perspectiva, y fué con semejante disposición esperanzada de ánimo a la de un perrazo olfateando próximo festín de carne, con la que siguió a su jefe en su cauteloso deslizarse por el bosque.

* * *

Long Ben estaba comiendo un opíparo desayuno en la casucha protegida del tiro de la fortaleza de Santo Tomás por un alto peñasco que era su puesto de mando a retaguardia de la zanja principal de los tres cercos.

Empezaba a impacientarse el barbudo americano que en sus "meditaciones" nunca había supuesto encontrar tanta resistencia por parte de "aquellos malditos españoles".



—¡Que no se pierda la estela del bergantín!

Precipitadas llamadas a la puerta, de la casucha le obligaron a acudir presuroso, desenvainando por el camino su sable.

Un filibustero excitado empezó a murmurar incoherentes explicaciones, pero el barbudo gigante lo apartó de un manotazo, avanzando sable en mano hacia la zanja donde otros varios filibusteros rodeaban vigilantes a un atezado individuo de atuendo pirata, junto al que un corpulento sujeto de rostro pleno de cicatrices miraba poco amablemente a los que los rodeaban, apuntándoles con sus pistolas y dirigiendo hacia ellos las puntas de sus aceros.

—¡Mala peste me confunda!—gritó Long líen—. ¿Quiénes son ésos y por dónde han llovido?

—Me llamo Lezama.—replicó en inglés el Pirata Negro, que de brazos cruzados, vió aproximarse al suyo el rostro barbudo y amenazador—. Tengo por allí mi velero, y cien hombres. ¿Qué parte me dáis del botín si remato lo que habéis empezado y no lleváis ni trazas de terminar?

Sirviéndose del pulgar como palanca, disparó su dedo corazón hasta empujar la barba de Long Ben.

—Aparta, camarada. Apestas y tengo el olfato sensible.

Long Ben quedóse sin habla, pero su sable se agitó espasmódicamente. Un cañonazo levantó polvareda y dispersó ramas rotas a un extremo de la zanja...

—Los sitiadores sitiados. Eso es 1o que sois, palominos—comentó Lezama despreciativo—. Cuando yo con mis propias manos ahorqué al virrey de Panamá, no abrí zanjas más que para enterrar a los fiambres españoles, porque hacía mucho calor y abundaban las moscas verdes. No gastaba mi pólvora en salvas, como vosotros hacéis.

—¿Por qué has venido y cómo te has enterado, pirata?—gruñó Long Ben, interiormente impresionado por los modales de perdonavidas de su visitante—. ¿Dónde están tu barco y tus hombres?

—Anclé de noche en una cala protegida. Me enteré por los cañonazos. He venido porque con unos cuantos camaradas más, podemos acabar esta noche la faena, y ando corto de bolsa.

—Vienes sólo con este tipo feo, y hablas como si fueras un rey. No me gusta que me hables así a mí, porque yo soy Long Ben.

—¿Long Ben?—y el Pirata Negro silbó suavemente con fingida admiración—. Las olas del Caribe cantan tus valerosas hazañas: Razón de más para que lleguemos a un acuerdo. Dame la sexta parte del botín y diez mujeres, y al anochecer combinaremos un ataque definitivo, que vosotros solos no podréis efectuar.

Long Ben señaló su casucha.

—Ven conmigo. Este tipo horroroso ¿es tu segundo?

—Sí. Y tiene malas pulgas, además de que no entiende ni jota de inglés. Es mejor que aconsejes a los camaradas que no lo rocen, porque pega coces.

—Bueno. Creo que llegaremos a un acuerdo—y Long Ben, volviéndose hacia los filibusteros, vociferó: —¡Vosotros! A vuestros sitios, mala puñalada os den en los ojos! Dejad de vigilar a esos dos. Son camaradas piratas.

Tex Tracy llegó a punto de oír la última frase de Long Ben. Miró con profundo estupor al Pirata Negro, y a “Cien Chirlos”.

—¡Por mil demonios ensartados!— exclamó—. Y esos dos tipos ¿quiénes son?

—Entra con nosotros, Tex — dijo Long Ben abriendo de un puntapié la puerta de su casucha.

Los tres hombres se sentaron alrededor de la mesa, en la que se hallaban aún los restos de la comida de Long Ben.

Tex Tracy continuaba contemplando con asombro al atlético e

indiferente pirata.

—Es Lezama y pide la sexta parte del botín—aclaró Long Ben—. Trae un velero con cien hombres y fué el pirata que atacó Panamá ahorcando al mismo virrey.

—¡Quien hizo eso fué el perro de Morgan!—rectificó Tracy.

—En la época en que tú y yo éramos bebés, camarada, pero volvieron a reedificar Panamá para que yo lo incendiara, y colocaron a un nuevo virrey para que yo lo ahorcara. ¡Demontres, camaradas! ¿No has oído hablar del Pirata Negro? El que mató al corsario Gars, "El Albino", el que mató a "Brazo de Hierro" por traidor, el que asoló el templo de los aztecas en la bahía de los Tiburones... Ese soy yo.

—Caigo ya—y Tex Tracy ondeó 1a mano amistosamente.

Carlos Lezama saludó llevándose 1a diestra al hombro izquierdo a usanza pirata del Caribe.

Tres golletes de botella saltaron en añicos, y los tres jefes bebieron generosamente, brindando por sus respectivas vidas.

—No te necesitamos—alardeó Tex Tracy con ladina sonrisa dirigida a "ilustrar" a Long Ben—. Pero ya que has venido a echarnos una mano, podríamos discutir. Aunque es absurda tu petición, ¿verdad, Long Ben? ¿La sexta parte? ¡Locura! ¿Diez mujeres? Pocas hay y serán nuestras. Nosotros fuimos quienes meditamos todo el plan...

La mañana entera pasóse en libaciones y discusión...

Al mediodía arreció de pronto el fuego de cañones de la fortaleza. Carlos Lezama no tuvo inconveniente en permanecer junto a Long Ben y Tex Tracy mientras éstos vociferaban dando órdenes a los artilleros filibusteros.

Desde la almena de la fortaleza, el anteojo del capitán español divisó la inconfundible silueta del pirata español...

Al atardecer, quedó el acuerdo aceptado por los tres, en plena confraternidad e incipiente embriaguez por parte de Long Ben y Tex Tracy. Quedó estipulado que el Pirata Negro percibiría la duodécima parte del botín y tres mujeres...

Marchóse Lezama para cumplir lo acordado: reuniría el grueso de sus hombres, que se distribuirían en tres grupos desde la zanja que daba frente a Santo Tomás a las otras dos posiciones.

Y hacia las dos de la madrugada, "la hora muerta y soñolienta",

saldrían todos de las zanjas para atacar, mientras el velero colaboraría con las dos goletas simulando un desembarque frontal en la bahía.

Por el bosque, más que explicarle sus propósitos a “Cien Chirlos”, Lezama argumentó sus pensamientos en toz alta:

—No es que a mí me venga ni me vaya nada en todo esto. No lo hago tampoco porque me interese remediar la imprudente alegría con que el madrileño se lanza a empresas en las que no debe meterse. Es que me urge calmarle su resquemor contra mí, y su cadáver no lo podría yo atar al mástil del “Aquilón” para convencerle de que su querella contra mí es absurda.

Su silencio fué aprovechado por “Cien Chirlos”.

—¿A quién vamos a desollar, señor, y cuándo empezamos?

—Esta noche, tú y yo, volveremos al lugar de donde acabamos de salir. Conozco esta clase de ganado filibustero. Si se quedan sin pastores, aúllan de miedo y se dispersan balando. Cuando yo te lo indique con un breve silbido, tú liquidarás al flaco de nariz puntiaguda que entró conmigo y el barbudo en la casucha. Yo me quedo con el barbudo. Traeremos a setenta de mis valientes para que se las entiendan con el resto, y, después, podré mandarle un aviso al “Madriles” para que su dueño sepa que le aguardo en el mar.

CAPITULO IX

Fatalidad

“Piernas Largas” se reservó su opinión cuando recibió orden de permanecer a bordo del velero, pero su descontento no pasó desapercibido al Pirata Negro, que supo interpretarlo.

Dióle uno de los empellones brutales que eran la muestra exterior y poco frecuente de su afecto.

—¿No te erigiste en nodriza de la pequeña, andaluz? Pues con ella te quedas y con mi hijo. En otra ocasión será “Cien Chirlos” el que cuide de los mocosos y tú quien venga conmigo al festejo de mandobles, tajos y pólvora que se avecina.

Setenta piratas acaudillados por “Cien Chirlos” siguieron a través del bosque los pasos de Carlos Lezama.

Cada cual sabía a qué.atenerse y cuál era su misión. Deberían iniciarla cuando “él” silbase.

Los dos filibusteros acogieron la llegada del Pirata Negro y sus hombres con disimulada impaciencia.

Un silencio total se enseñoreaba de todos los campamentos y la ciudad. Ninguna batería rompía la quietud del principio de aquella noche.

Alentaba mudamente un amenazador presagio...

—Que tus hombres se distribuyan entre los nuestros—ordenó Long Ben con autoridad—. Después, cuando la noche avance, saldrán a reforzar las otras dos posiciones, y esperarán a las dos de la madrugada para rematar esta endiablada situación.

“Cien Chirlos” acodóse junto a Tex Tracy; los restantes piratas fueron repartiéndose de buen grado escalonados por entre los filibusteros.

Tex Tracy vigilaba la operación, seguido paso a paso por “Cien

Chirlos” que pasábase la lengua por los labios, sin poder evitar su parecido con un “bull-dog” relamiéndose con fruición...

Long Ben dió media vuelta hacia la casucha..

—Voy a buscar el plano, Lezama. Tú...

El breve y estridente silbido del Pirata Negro le extrañó.

—¡Por mil culebras!—clamó Long Ben—. ¿Por qué silbas?

Retrocedió asombrado al oír el repentino forcejeo que en las sombras nacía, poblando la zanja de confusas masas que peleaban entre sí.

Estallaron pistoletazos y blasfemias...

Tex Tracy gimió angustiado debatiéndose entre el feroz abrazo de “Cien Chirlos”, que le clavaba los dientes sin repugnancia...

Long Ben corrió aceleradamente hacia la casucha, cuya puerta cerró tras sí con violencia.

Saltó hacia delante el Pirata Negro y su hombro astilló las madera que le impedían entrar.

El pistoletazo de Long Ben abrió un surco luminoso en el umbral de la desquiciada puerta...

Con nuevo empujón derribó el Pirata Negro el resto de las maderas y su espada detuvo el sablazo de Long Ben...

Un intenso clamoreo ensordecedor brotó de la fortaleza...

En el mar, un bergantín disparaba por andanadas de ambas bordas contra las dos goletas, dando la señal de iniciación...

Un torrente humano de españoles salió de las tres fortalezas, acometiendo furiosamente, mientras en los muros almenados los aventureros de Diego Lucientes disparaban incesantemente.

Carlos Lezama atravesó de recia estocada el pecho de Long Ben...

Salió de la casucha y las antorchas que lanzaban desde la fortaleza, iluminaron el ataque de los infantes españoles, que saltaban a la zanja prorrumpiendo en salvajes gritos de enardecimiento.

—¡Retirada! — clamó estentóreamente el Pirata Negro, furioso.

Lanzóse a detener el primer núcleo de atacantes... “Cien Chirlos” acudió a su lado, procurando también contener la humana avalancha...

—¡Retirada!—ordenó de nuevo Lezama, mientras describía amplios círculos con su espada.

Los piratas supervivientes iniciaron la huida, mientras Lezama y su fiel lugarteniente multiplicaban sus esfuerzos para lograr cubrir la retirada de los tripulantes del “Aquilón”.

Por el suelo, arrastrándose en su agonía, Tex Tracy enlazó sus brazos alrededor de las botas del Pirata Negro. Tiró con fuerza postrera...

Lezama quiso evitar la inesperada presa: un culatazo de mosquetón le dió de lleno en la frente y cayó sobre el cuerpo de Tex Tracy...

“Cien Chirlos”, con un grito de angustia e ira quiso acudir en auxilio de su semidiós... Un brutal golpe de plano de una alabarda, le derribó al suelo...

Los privados de sentido y los heridos fueron maniatados por los triunfantes defensores de Puerto Rico.

Azuzados a culatazos, por empuñaduras de espada y a remates de alabarda, los que podían sostenerse en pie fueron conducidos a la galera en caravana.

Había cesado la lucha y en tierra elevóse el canto alegre de los españoles, y las fervorosas plegarias de agradecimiento de las mujeres españolas...

Anchos círculos concéntricos señalaban en el mar el lugar donde las dos goletas se habían hundido...

El bergantín vencedor remontaba la costa en dirección a la cala donde ancló poco después de la medianoche.

Diego Lucientes fué aguardando en el puente de mando el regreso de sus hombres enviados a reforzar las guarniciones.

Ankou Kerbrat, el último en llegar, al filo de las cinco de la madrugada, manifestó el contento del “Tercio de los Aventureros”.

—A cada uno nos ha entregado el virrey una bolsa con cien ducados, mi capitán. Y para vos me entregó este mensaje.

Un rectángulo crujiente de papel, en cuyas dos esquinas resaltaba un sello lacrado, quedó en la mano da Diego Lucientes, que vaciló entre tirar al mar el mensaje o prenderlo en la antorcha más cercana.

Miró hacia la luna, que reducida a su mínima expresión, no ofrecía su habitual sonrisa bonachona de socarronería indulgente.

Una nube rayaba el blanco arco a modo de cendal.

—¿Leo, amiga, o no leo? A él, no quiero verle más... Me aguarda

el señor Carlos Lezama... Pero ella... ¡es tan bonita! Y debe de ser digno de vivirse el momento en que, abandonando su reserva, tienda los brazos y ofrezca sus labios... ¡Repámpanos! ¡Ya estoy enamoriscándome! Eso diría el señor Lezama... Pero no es enamoriscamiento..., ya que fué mi primer amor...

Descendió a su camarote, y apoyó el papel contra un jarro de vino. Al fin, lo cogió sonriendo

—Me dará las gracias... y si ella me manda una rosa marchita... ¡cañoneo lo que queda en pie de Puerto Rico!

Rasgó los dos lacres y fué leyendo coa creciente asombro:

Genaro del Aguilar, virrey de Puerto Rico.

"A1 capitán señor don Diego Lucientes. B. L. M.

"Liberado este trozo de suelo español os reitero mi reconocimiento. Por mi hija he sabido que vos tenéis también una hija. Hija que está en poder del Pirata Negro. He decidido, pese a vuestra negativa, haceros un obsequio, modesto en sí, por mi participación, inconmensurable por lo que para vos representará.

"Un oteador me ha informado que en la caleta vecina a donde ancla vuestro bergantín, está el "Aquilón". Hay a bordo veinte piratas, y está allí vuestra hija.

"Pude ordenar, como era mi deber, que fuera hundido el velero pirata. A vos os dejo tal misión, con la de rescatar a vuestra hija.

"Por si no hubiéramos de vernos más, ya que vuestro orgullo iguala al mío, tengo el placer de comunicaros que al amanecer serán colgados todos los filibusteros supervivientes.

"A1 mediodía serán colgados los cadáveres de los jefes filibusteros.

"Inmediatamente después, tendré el placer de ver ahorcar a vuestro antiguo amigo y hoy vuestro enemigo, el Pirata Negro, en compañía de su lugarteniente.

"Siempre os recordará con gratitud,

Genaro del Aguilar,
"virrey de Puerto Rico."

La única mano de Diego Lucientes estrujó el papel. Masculló sordas imprecaciones y, poniéndose en pie vaciló unos instantes entre dos inmediatas decisiones.

Al fin aplacóse su furor, y sonrió:

—Bien, señor Lezama. Sé que me vais a perdonar el que libere vuestro cuello del lazo de cáñamo, pero así podremos resolver

nuestros asuntos sin injerencias de virreyes.

Salió a cubierta, llamando a Kerbrat.

—A cerrar la salida de la caleta vecina, Kerbrat. Está ahí el velero “Aquilón” y hay en su cala un pequeño tesoro que volverá a ser mío.

* * *

“Piernas Largas”, al amanecer, esperaba con ansiedad el regreso de su jefe...

Cuando en la estrecha boca de la caleta apareció el bergantín, ordenó a los veinte piratas que se parapetasen tras los cañones...

El “Madriles” fué acortando las distancias hasta detenerse a escasa separación del velero. Viéronse sus doscientos tripulantes en orden de combate.

Tendióse de nuevo una pasarela entre ambas bordas, y la voz de Diego Lucientes advirtió:

—No ordenes una tonta resistencia, andaluz. No vengo en son de guerra.

Y el manco pelirrojo subió a la pasarela, atravesándola y entrando en el velero.

“Piernas Largas”, espada en mano, le miró ceñudamente.

—No está “él”, señor Lucientes.

—Pero está ella, señor Curro Montoya.

—Y también ésta—replicó el andaluz señalando su espada.

Diego Lucientes frunció el entrecejo.

—Me diste veinte latigazos, chiclanero, y te los perdoné porque cumplías órdenes. Vengo ahora por mi hija, y ni tú ni nadie me impedirá llevármela.

—Será como dices. Pero primero tendrás que matarme.

—No me interesa tu pellejo, chiclanero. ¿No ves mis bordas? Hundirás el velero si me presentas combate.

—Vete y vuelve cuando esté quien aquí manda. Mientras, yo sólo te digo que de aquí nada te llevas, ¡“por mi salú”!

—Veo tu salud algo quebrantada, Curro Montoya. ¡Kerbrat!—gritó Lucientes—. ¡Dispara si éstos disparan! Amigo chiclanero, ¿puedo ver a mi hija?

—Puedes verla cuando “él” te dé permiso.

—“Él” está preso en poder del virrey.

El rostro del andaluz se crispó con ira.

—“Cien Chirlos” también, así como los demás. Vamos a hablar razonablemente, Curro Montoya. Yo puedo conseguir que el virrey no ahorque a tu señor. El virrey me debe esto y mucho más. Sabes que yo no miento sin necesidad, y ahora no la tengo. Dame mi hija, vete con tu velero a la bahía de la Isla Verde y aguarda allí a tu señor. Hasta allá, le daré escolta. Allá, él y yo resolveremos quién de los dos ha vivido ya lo bastante. Vete con el velero, porque las fuerzas españolas os han avistado y, si os demoráis, os hundirán.

—Me iré, señor Lucientes, y, os espero en la Isla Verde. Puedes cuando quieras ir a ver al virrey, y pedirle la libertad de mi señor. Si me mintieras, que no lo creo, o si el virrey hiciera... ¡por la Macarena juro que yo le torturaría!...

—No te acalores inútilmente, Curro Montoya. Nada le pasará a “él”, porque yo te doy mi palabra. Pero, ahora, cumple lo que te aconsejo. Y acompáñame a dónde está mi hija.

La espada de “Piernas Largas” cerró el paso al madrileño, que avanzaba hacia la cala.

Diego Lucientes desenvainó rápido y, por espacio de varios minutos ambos se acometieron con saña...

Los veinte piratas manteníanse inmóviles, comprendiendo que era inútil toda resistencia...

Kerbrat y treinta bretones, invadieron el velero, colocándose a espaldas de los piratas.

Diego Lucientes consiguió desviar la mortal estocada del hábil esgrimista andaluz y, con secó latigazo de la hoja de acero, desarmó a su contrincante.

Colocó su bota encima de la espada caída, y aplicó el extremo de la suya en el cuello del andaluz.

—Has cumplido, señor Curro Montoya. Le diré a “él” que te expusiste a que te perforara por cumplir su orden. Y ahora... ¡Kerbrat!, pégale un pistoletazo a este hombre si se mueve o quiere seguirme...

Kerbrat, demostró que era hombre precavido. Colocó en la espalda de “Piernas Largas” su puñal, y en su nuca el cañón de una pistola.

Diego Lucientes bajó a la cala, y atravesó el vasto compartimiento, hasta llegar a la sala capitana, en busca de Gaby.

Iba a entrar en el camarote más cercano, cuando una voz sonora

que provenía del suelo exigió imperativa:

—¡Maldita sea! ¿Qué buscas aquí, señor desconocido mío?

Diego Lucientes sonrió contemplando a Carlos de Ferblanc y Heredia, que pierniabierto y con los brazos en jarras, apoyados los pequeños puños en las caderas, le miraba desafiante.

—Hola, Carlos. Yo soy Diego Lucientes. Fui gran amigo de tu padre y vengo a recoger a Gaby, mi hija.

—¿Te la vas a llevar? Con quién voy yo a pelearme entonces? ¿Y quién me servirá de caballo?

Diego Lucientes meditó un instante.

—Escucha, Carlos. Tu padre... está lejos. Vendrá a mi bergantín. ¿Quieres venir conmigo y con Gaby a esperarlo allí?

—Bueno. Me gustas—dijo concisamente el hijo del Pirata Negro. Y colocó su mano en la del madrileño, entrando con él en busca de Gaby.

“Piernas Largas” chispeó los ojos al ver aparecer en cubierta al madrileño portando en brazos a Gaby... y con el hijo del Pirata Negro acompañándole asido de la vuelta de su bota mosquetera.

—No digas nada, chiclanero. Tu señor encontrará a su hijo en mi bergantín... y el “Madriles” será para él, si pierdo. Si gano... tienes un lugar en mi barco, para cuidar de este mozo.

—¡Padre! ¿Por qué le ponen una “pum-pum” en el cuello al señor Curro?—inquirió Gaby enlazada al cuello del madrileño.

—Porque ha sido malo... por valiente que es y que se pasa de raya a veces. ¡Kerbrat! A bordo con los hombres...

Cuando la cubierta del velero quedó despejada de sus hombres, Lucientes quedóse vigilando los movimientos del andaluz.

“Piernas Largas” acarició la cabeza de Gaby Lucientes de Civry.

—Te volveré a ver, señorita mía. Y tú, señor Lucientes, recuerda tu promesa. A “él” nada le pasará...

—Hasta pronto... o hasta nunca si “él” gana:. Y... ¿amigos, Curro Montoya?

—Amigos... si “él” te gana—dijo el andaluz con sincera brutalidad.

Rió Diego Lucientes.

—¿Y si gano yo?

—Estés donde estés, iré a tu encuentro...

—¿Nos vamos ya, o no?—inquirió impaciente el hijo del Pirata

Negro, propinando un vigoroso tirón a la vuelta de la bota que empuñaba.

—Tal padre, tal hijo, andaluz. También ese mozo tendrá algún día hombres que, como tú, le sean fieles por encima de todo.

Instantes después se alejaba el bergantín... 'Piernas Largas" dió la orden de levar anclas e internarse en el mar.

Se hizo dos cruces con el puñal sobre el dorso de la mano. Besó las heridas...

—¡Por éstas! ¡Cuidado con lo que haces, virrey!... Y ¡cuidado con no cumplir lo prometido, señor Lucientes...!

CAPITULO X

Orgullos enfrentados

La galera anclada cerca del destacamento de Vieques, sólo tenía dos secciones. Una era la lisa cubierta donde en la popa sobresalía la cabina en la que, cuando los remos impulsaban la embarcación podía verse el busto del “cómitre” piloto. El resto del cuerpo dominaba la vasta cala donde los forzados permanecían con la diestra atada en la argolla que se ceñía al remo e inmovilizados los tobillos por los grilletes empotrados en la base del banco en que se sentaban noche y día.

Cada remo pesaba alrededor del medio millar de kilos y en su larga empuñadura se precisaban siete remeros que además de mover el leño, de por sí voluminoso, tenían que vencer la considerable resistencia del agua.

A ambos costados interiores de la cala alineábanse diez bancos fijos. Por el centro, entre cada grupo de bancos, desfilaban los “cómitres” encargados de manipular los largos látigos de correa rematada en plomo con la que imponían nuevo vigor a los remisos o a los exhaustos, surcándoles los hombros a correazos hábiles que dolían sin inutilizar.

Para facilitar el libre juego de los músculos a los que había que sacar el máximo partido, cada forzado llevaba por toda vestimenta una ancha tira de tela que rodeaba sus riñones y sujetándoles la entrepierna, se anudaba flojamente a la cintura.

En el banco comían, dormían, sudaban copiosamente y rechinaban los dientes, crujiendo, los músculos al compás rítmico del remo movido a cada voz del “cómitre” piloto.

Restallaban los látigo; imprecaban los “cómitres”... y, de vez en cuando, algún forzado se manifestaba totalmente insensible a la

caricia animadora de la correa.

Era una evasión simbólica: había conseguido que por fin liberasen sus tobillos del cerco de hierro y su diestra de la permanente opresión de 1a argolla del remo... para ir a sepultarse eternamente al fondo del mar.

Y entre sus compañeros había alguno que le envidiaba...

Pero desde hacía ocho días la galera “Justicia” estaba desierta, mientras atronaban los espacios las andanadas artilleras. Los forzados habían sido trasladados al cercano fuerte de Vieques.

Sin embargo, a la décima noche del ataque filibustero, volvió de nuevo a restallar el látigo de los “cómitres’* y la galera, con toda su anchura da nave-cala, resultó insuficiente para contener el alud de maniatados vencidos, que fueron amontonados a empujones, los unos entre los bancos, los otros encima de ellos, y otros en pie contra los tabiques renegridos por la permanente luz de las mechas de los candiles.

“Cien Chirlos” no se atrevía a romper el silencio en que se encerraba Carlos Lezama desde que, sin sentido, cayó preso.

Por el rostro del Pirata Negro resbalaba la sangre que manaba de la brecha abierta en su frente...

Un “cómitre”, llevando un palo en cuyo extremo se amoldaba con cordeles una esponja empapada en vinagre donde se había macerado una mixtura de hierbas cicatrizante, frotó rigorosamente con la esponja la herida del Pirata Negro, y repitió la misma operación con los cortes del cuello de “Cien Chirlos”, quien gruñó torvamente...

El Pirata Negro siguió en silencio. Los dos estaban sentados, cuerpo contra cuerpo, en un rincón, junto a la base de un banco.

Al amanecer fueron llegando piquetes de infantes españoles, llevándose a los filibusteros...

Sólo quedaron en la nave una cincuentena de tripulantes del “Aquilón”. Miraban disimuladamente hacia el hombre que apoyada la nuca en el asiento del banco, y ensangrentado el rostro, elevaba la frente herida hacia el cóncavo techo de la nave, como si contemplara algo invisible.

Entrada la mañana y al cesar las idas y venidas de los piquetes, el Pirata Negro pareció despertar del letargo silencioso en que se había mantenido hasta entonces.

—Creo, mis valientes, que os debo algunas explicaciones. Nos van a ahorcar por culpa mía, ya que os metí en mis juegos malabares.

El correazo de un “cómitre” restalló contra el pecho del Pirata Negro.

—¡A callar, pirata!

—¡No me da la gana, latiguero!

Un nuevo trallazo repercutió en el pecho de Lezama.

—¡Verdugo cobardón! — vociferó “Cien Chirlos”—. Yo te...

—Calla, guapetón. Aquí sólo hablaré yo, por más correas que tengan esos esbirros, que más correa tengo yo. Escucha, latiguero; pega cuanto quieras porque estoy preso y eso te vale. Pero el hablar no se le impide a quien como a mí no tardarán en retorcerle el gañote. Pega si quieres.

El “cómitre” rió desdeñoso.

—Ya se te quitará el galleo cuando cuelgues del cáñamo, pirata.

—Ésta es una gran verdad, amigo. Sólo entonces me callaré. Déjame, mis valientes, recordad tan sólo que si os llevé a mal fin, no fué por deseo, sino por torpeza...

Entró un capitán de Infantería acompañado de dos suboficiales y dos cabos.

—¿Quién de vosotros se llama Lezama?—preguntó hoscamente.

—Yo mismo tengo esta dicha. Lezama, Carlos, para nunca servirte.

—¿Y quién es de vosotros el apodado “Cien Chirlos”?

—¡Ese soy yo! ¡¡Yo!—clamó el lugarteniente, y añadió mirando sumisamente a Lezama con sonrisa de horrenda satisfacción: —Nos van a ahorcar juntos, señor.

—¡Demontres!—murmuró el Pirata Negro con encubierta emoción ante la pueril conformidad del lugarteniente—. Eres bruto con relleno y sobras, guapetón. ¿Tanto te place que nos cuelguen juntos, maldito seas?

—Juntos... pues, ¡es como morir quiero, señor!

Los dos cabos asieron las manos de “Cien Chirlos” atadas a sus espalda. Los dos suboficiales hicieron lo mismo con el Pirata Negro. Ambos piratas pusiéronse en pie...

—Hasta la vista, mis valientes. El lugar donde nos veremos, no lo sé: si existe cierta justicia en otro sitio, cada cual tendrá lo que en

buena ley le pertenezca.—Y con alegre carcajada animosa, terminó el Pirata Negro: —Procurad bailar el último pateo con elegancia, que morir es cosa de baile y debe ser sabroso, ya que ninguno de los que mueren vuelve a pedir que le devuelvan la cochina vida.

* * *

En la plaza mayor de la ciudad, en un estrado erigido frente a la larga hilera de patíbulos, Genaro del Aguilar, sentado en dorado sillón, vió acercarse a los dos piratas custodiados.

—No te vayas. Tienes que seguir presenciando las ejecuciones, porque representas a las mujeres que estos canallas pretendieron ultrajar.

El capitán saludó al virrey, y Lezama quedóse, junto con "Cien Chirlos", a dos pasos de distancia del estrado.

Genaro del Aguilar señaló la viga erecta de remate triangular en escuadra de la que colgaban los cadáveres de Long Ben y Tex Tracy.

—¿Reconoces haberte aliado a esos dos jefes filibusteros de quienes eres alma gemela y en todo igual a ellos, pirata?

—¿Yo igual a ellos? ¡Que no, querido virrey, que no! Soy muy distinto. No sabrías comprender mis razones. Voy a darte la más evidente. Me distingo de ellos en que están muertos... y yo sigo aún vivo.

—¡"Él" fué quien matando a Long Ben, ese barbudo del demonio, hizo que vosotros...!

—¡Calla, bellacón!—atajó Lezama secamente—. No quieras que, como despedida final, te propine un botazo en el hocico.

—Cierto es que tú mataste a Long Ben—admitió el virrey—. ¿Peleas prematuras para evitar una más en el reparto?

—El reparto, siento no podértelo enseñar, virrey, porque iba a ser de puntapiés en tu... ¡Tate! ¿No es aquel jinete brioso el sin par Diego Lucientes?

El madrileño descabalgó de un salto y colocóse frente al virrey dando la espalda al Pirata Negro.

—Os anticipásteis, señor del Aguilar—reprochó—. Me escribisteis que al mediodía ahorcaríais al caballero Lezama y sólo son las once....

—Cualquier hora es buena para mí, estudiante métomeentodo. Óyeme unas palabras: suspirabas por mi pellejo porque hice que te dieran latigazos. Y a quien te dió palos, ¿señor le llamas? Te

desconozco. ¿Por qué no meneas el rabo y vas a lamerle la mano al señor virrey?

Diego Lucientes pegó un taconazo que no pude reprimir, pero sin volverse, señaló con el pulgar al que acababa de hablar.

—No hay horca, señor virrey.

—¿Vuestra razón? — inquirió el marqués, ceñudo.

—La vida de este hombre me pertenece.

—También a España, porque es pirata—dijo con inflexible entonación el virrey.

—Ni a España, ni a este pelirrojo, ni a ti, pomposo empelucado —exclamó el Pirata Negro—. La vida de cada cual, pertenece a cada cual.

—¿De qué acusáis a este hombre? —preguntó Lucientes rabiosamente.

—Atacó en alianza con los filibusteros...

—¡No!—gritó Lucientes—. Afirmo que eso es imposible. Si Carlos Lezama hubiese pensado atacar a Puerto Rico, lo habría hecho sólo y con sus hombres.

—Oídme, señor Lucientes—dijo, refrenándose el virrey—. Hablasteis de la luna como inspiradora vuestra. Lunático sois, pues, y lunáticas son vuestras razones, que os hacen tomar defensa de quien queríais matar, de quien por boca de mi hija sé que jactóse de haber colgado a la mujer que vos amabais...

—Lunático o no, tengo que recordaros que este hombre os salvó la vida y también la de vuestra esposa e hija...

—¡Tate, "Medio-Brazo"!—interrumpió el Pirata Negro violentamente—. A ti ¿quién te pidió que abogaras sin mi permiso? ¿Yo? No. Vete a colear junto al virrey, pero a mí nadie ha de defenderme.

—Te sobra orgullo—reprendió el virrey dando una palmada de cólera en el brazo del sillón—tanto como te falta honradez.

—Con tu honradez no me meto, amigo, y de tu orgullo no me cuido. Manda ya que tu verdugo me eche el lazo al cuello, que estoy harto de palabrería.

Sonsoles Ávila inclinóse, hablando al oído de su padre. Éste la miró, escuchándola con atención, y echó una ojeada perpleja hacia el Pirata Negro.

—Responde verazmente, pirata. ¿Es cierto que tú permitiste que

el capitán Lucientes siguiera su camino para acudir en socorro de la guarnición de Puerto Rico?

—¡Es cierto! — gritó Lucientes—. Duelo a muerte teníamos, y...

—El preguntado fui yo, señor estudiante del demonio— interrumpió el Pirata Negro—. La guarnición de Puerto Rico, amigo Virrey, para nada pesó en mi aplazamiento de la querella con este madrileño charlatán. Lo hice por caprichosa voluntad... y porque esta damita lloraba... y os ponéis muy fea cuando lagrimeáis, Sonsoles. ¡Venga ya! Sobran monsergas para ahorcar limpiamente a quien no pide otra cosa y no quiere clemencia.

De pronto, el Pirata Negro miró a “Cien Chirlos”. Le señaló con el mentón, encarándose de nuevo con Genaro del Aguilar:

—Este mozo fué el que por español me imploró que dejase seguir su ruta al bergantín. Por él os ha podido ayudar el madrileño. Por tanto, si le ahorcáis, todos ahorcaréis al que os ha salvado.

Sonsoles Ávila volvió a hablar a su padre al oído. “Cien Chirlos” era tardo en comprender, pero, de pronto, cayó en la cuenta del propósito de Carlos Lezama.

—¡Señor! Que si a ti te ahorcan y a mí me dejan abandonado en tierra, me rompo la cabeza contra lo primero que tope...

Diego Lucientes subió al estrado, llamado por Sonsoles.

—Quiero deciros, señor Lucientes, que mi padre accede a que esos dos piratas no sean ahorcados, ya que, si después atacaron, primero permitieron que vos pudierais acudir en salvación de Puerto Rico.

Genaro del Aguilar asintió, y levantando el bastón-insignia, habló con solemne entonación:

—Queda conmutada la pena de horca que os merecéis, piratas. De por vida remaréis en la galera “Justicia”. Por jefe y lugarteniente de velero pirata os tenía que ahorcar, pero gracias a la intercesión de mi hija y también a la del señor Lucientes, seguiréis la misma suerte que vuestros secuaces.

El Pirata Negro echó hacia atrás la cabeza y sus estentóreas carcajadas sonaron sinceras y burlonas.

—¿De qué ríes, insolente?—preguntó airado el virrey.

—No hagáis caso, señor — susurró Lucientes apaciguador—. Como yo... es lunático.

—Me río, virrey, porque tengo la certeza de que estás loco. Sí,

loco. ¿Vas a dejarme junto con mis hombres? ¡Imbécil! Remaría porque mis músculos necesitan siempre ejercicio, pero llegaría un día en que a ti te colocaría en el remo… y a tu hija también.

—Habla por orgullo—susurró de nuevo Lucientes—. No hagáis caso.

—¡Tú!—interpeló el Pirata Negro. —Los hombres hablan en voz alta.

—¿Sí?—y el madrileño crispó su única mano—. Pues vas a oírme. Basta ya de jactancias. Irás a galera, y yo cuidaré de tu hijo. Y no amenaces con imposibles rebeliones, que los grilletes son fuertes.

—¡Tate! Rana me has salido, estudiante. A lo mejor quieres con tus palabras evitarme la horca que deseo más que la humillación de un banco de galera, pero por si acaso no fuera éste tu motivo, déjame que escupa por segunda vez hacia donde te hallas.

El salivazo manchó la bota del madrileño que, pálido, guardó silencio.

—Se vive bien, ¿verdad, estudiante?, cerquita de virreyes y dulces damiselas soñadoras. Hazles buena corte, en espera del día en que yo te corte las orejas por calzonazos adulón y perfumado.

—¡Lleváoslo!—ordenó el virrey—. Recomendadlo al “cómitre”. Llevaos también a su segundo. Juntos, y doblemente vigilados.

Pugnaron forcejeando los dos suboficiales para intentar arrastrar al Pirata Negro, pero no conseguían mover al hombre, que parecía clavado en el suelo.

“Cien Chirlos” imitó aquella resistencia.

—Quiero hablar por última vez, virrey. Diles a tus esbirros que me dejen quieto unos momentos.

Genaro del Aguilar levantó una mano.

—Habla.

—Dijiste un día que cuando me vieras me ahorcarías. No cumples lo prometido. Yo te juro que te ahorcaré, y cumpliré. Y ahora, contigo voy a entendérmelas, mi aristocrático señor Diego Lucientes. El hecho de que también a ti te ahorque cuando salga de la galera por mi voluntad, no obsta para que, así como yo cuidé de tu hija, y nunca le dije que estábamos reñidos a muerte, hagas lo mismo con mi hijo. Los odios de los padres no deben envenenar las almas de los hijos. Que ellos dos sigan jugando… en espera del

momento en que yo juegue contigo, con tu virrey, y con tu damisela lánguida y orgullosa.

—¡El patíbulo está aún en pie, pirata! No me encolerices, que suficiente paciencia te he demostrado.

'—¿A que no?—y rió el Pirata Negro—. Mucho amenazar, y nada en definitiva. Vengo a que me ahorques, que es a lo menos a que un hombre decente puede aspirar, y prefieres enviarme a tu galera, para que yo el día en que menos lo pienses, te salte encima y te quite el virreinato a sopapo limpio...

—¡Lleváoslo! — rugió Genaro del Aguilar—. ¡Que acudan más hombres si es preciso!

Varios infantes lograron arrastrar hacia la galera a los dos piratas. Pero el eco de las carcajadas de Carlos Lezama siguió sonando por espacio de varios minutos...

Lucientes secóse disimuladamente el sudor que empapaba su frente y miró ya aliviado los dos patíbulos donde colgaban los cáñamos sin cuerpos.

Sonsoles Ávila le miró de soslayo.

—¿Podemos contar con vos, señor Lucientes, para la fiesta de gala en que celebraremos el triunfo de las armas españolas?—preguntó suavemente.

—Agradecido. Sí, contad conmigo... Me gusta Puerto Rico.

Ella rió; y había malicia y encono en su risa.

El virrey descendió del estrado. Tras él, formóse la escolta. Y Diego Lucientes ofreció su antebrazo a la hija del virrey...

—Dulce es vuestra risa, Sonsoles. Pero creí percibir cierta sorna...

—Percibisteis bien. Me encanta haberos conocido ya con experiencia, señor Lucientes. Sabéis adivinar... y sabéis disimular...

—¿Disimular? No lo creo. ¿Os he fingido amores?

—No hablo de esto—y acercando, sus labios al oído del madrileño, susurró: —A “él” le vigilarán... pero a vos también.

—¿Temen que os rapte?

—No. Sé muy bien defenderme. De lo que estoy segura es dé que vos os vais a quedar en Puerto Rico. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí, linda pitonisa, sibila. Habéis acertado. Pienso permanecer algunas semanas en Puerto Rico, si no os oponéis.

—Por lo que hicisteis en pro de la ciudad, sois huésped de

honor. Por lo que pretendéis ahora hacer... huésped vigilado seréis.

—¡Repámpanos! ¿Y qué pretendo hacer, pobre de mí, que tanta vigilancia merece?

Ella le miró con cierta huraña expresión.

—Dios me guarde de locos y aventureros—dijo piadosamente. Y añadió aviesamente: —Id con tiento, señor Lucientes. Intentar proporcionar la fuga a un forzado de galera, es castigado con la horca.

Diego Lucientes rió con íntima intranquilidad, pero con exterior zumba.

—Sois una imaginativa, linda niña. Un hombre que me ha insultado, un hombre que me ha amenazado de muerte, un hombre que raptó a mi hija... ¿y voy yo a intentar quitarle la argolla del remo? ¡Locura!

—Los amantes de la Luna no se caracterizan por su sensatez. Pero, en fin, señor Lucientes, no hablemos más de ello. Quedáis avisado...

—Inútilmente. Si cien años vive el Pirata Negro, cien años remará si yo he de impedírselo. Y ahora, decidme: ¿os gustan las poesías en las que ‘frialdad” rima con “ansiedad”? Frialdad la vuestra, ansiedad la mía de verse fundir vuestra...

—Callad, por favor. No porque me ofusquen las galanterías, sino porque me ofenden los fingimientos.

—Sois bella y yo tengo ojos que me permiten desgraciadamente contemplar vuestra belleza.

Ella señaló la lejana galera.

—“Aquello” no se resuelve haciéndome el amor, señor bachiller. Que si vos sabéis letra, también yo leo de corrido.

—Es gracioso lo que me ocurre. Moriré de amores y vos creeréis que finjo...

—Tratad de no morir ahorcado.

—¡Repámpanos! Ya me calentáis los cascos, mi damita. De Una vea para todas, os ruego que cuando penséis en el Pirata Negro, no me unáis a su destino. Tiempo ha que de él me separé.

—Bien. Quiero creeros. "Mientras..., intentad componer rimas menos vulgares



...pero nunca olvidaré que...

.

—Y los palos de los lacayos ¿están rotos hoy?

—Tengo varios años más... y vos también—ella bajó los ojos cautelosamente—. Quizá lograré que olvidéis aquello de antaño...,

—Olvidado queda.

Sonsoles Ávila levantó los párpados, separando su mano del antebrazo del madrileño; y en sus ojos había rencor al murmurar:

—Pero nunca olvidaré que me jurasteis que antes me comeríais que casaros conmigo... Tened cuidado conmigo, señor bachiller. Si los hombres perdonan... ¡Nosotras no olvidamos!

Marchóse precipitadamente. Diego Lucientes se acarició la nariz, pensativo.

—¡Cuernos!— ¡Y me llama loco..., En fin, el porvenir dirá...

* * *

Con las diestras encerradas en la argolla que les sujetaba al remo, semidesnudos, tensos los músculos en el esfuerzo de impulsar el remo, Carlos Lezama y “Cien Chirlos” bogaban sudorosos.

Era impresionante la musculatura abultada de “Cien “Chirlos”, y más impresionantes eran los tendinosos y elásticos músculos que poblaban el cuerpo del Pirata Negro.

—Si vuelves a mirarme como el perro que espera un hueso,

guapetón, esta noche te contaré leyendas de fantasmas, de ésas que te asustan.

—Te miro… porque, ¡ea, mejor te viera ahorcado en mi compañía, señor!

El “cómitre” asestó un doble latigazo que enlazó hábilmente las espaldas nudosas de “Cien Chirlos” y los hombros del Pirata Negro.

—Remando no tenéis derecho a hablar. Os agota.

—¿Te das cuenta, guapetón? Hablar agota. Coge mal el látigo. ¿No, guapetón? Ya le enseñaremos cómo se maneja… tarde o temprano.



F I N

Notas

[1] Ver *Cien vidas por una* < <